

Glocalización: síntesis de lo global y de lo local

Glocalization: synthesis of the global and the local

Homobono Martínez, José Ignacio

Universidad del País Vasco - Euskal Herriko Unibertsitatea
<https://orcid.org/0000-0002-5391-9200>
joseignacio.homobono@ehu.eus

BIBLID [ISSN: 1137-439X, eISSN: 2243-9940 (2019), 37; 19-54] Recep.: 29.11.2018
Acep.: 05.06.2019

Resumen: Por medio de los procesos de globalización muy diversos aspectos de la vida sociocultural se interconectan, entablando una compleja dialéctica con las particularidades locales, de lo cual resulta la síntesis de la glocalización. Ésta conduce al reforzamiento y/o resistencia de estas particularidades frente a la homogeneización globalizadora, y a la reconstrucción de identidades locales vehiculadas, entre otras respuestas, por el poder performativo de las fiestas populares. Se estudian aquí las principales aportaciones teóricas interdisciplinarias sobre esta temática y los ejemplos de la glocalización en los ámbitos de la comunicación, el fútbol y el paisaje.

Palabras Clave: Globalización. Glocalización. Global. Local. Desterritorialización. Reterritorialización. Identidades. Fiestas.

Laburpena: Globalizazio prozesuek, bizitza soziokulturalaren alderdi oso anitzak lotzen dituztenak, tokian tokiko berezitasunekin dialektika konplexua ezartzen dute, horietatik glocalizazioaren sintesia eratorriz. Honek, aipatu berezitasun hauen sendotzera edota erresistentzia indartzera darama globalizazioaren homogeneotasunaren aurrean, eta toki-bertako nortasunak (identitateak) berreraikitzen, bestelako erantzunen artean, festa herrikoien botere performatiboaren eraginak bideratuta. Gai honi dagozkion diziplinarteko ekarpen teoriko nagusiak ikertzen dira hemen eta glocalizazioaren adibideak proposatzen, bai komunikazioaren, futbolaren eta paisaien esparruetan.

Giltza-hitzak: Globalizazioa. Glocalizazio. Globala. Tokikoa. Destokitzea. Birkokapena. Identitateak (nortasunak). Festak.

Résumé: Les processus de la mondialisation, par lesquels sont interconnectés des aspects très divers de la vie socioculturelle, établissent une dialectique complexe avec des particularités locales, d'où résulte la synthèse de la glocalisation. Cela conduit au renforcement et / ou à la résistance de ces particularités face à l'homogénéisation de la mondialisation et à la reconstruction des identités locales, entre autres réponses, par le pouvoir performatif des festivals populaires. Les principales contributions théoriques interdisciplinaires à ce sujet et les exemples de glocalisation dans les domaines de la communication, du football et du paysage, sont étudiés ici.

Mots Clé: La globalisation. Glocalisation. Global Local. Déterritorialisation. Reterritorialisation. Identités. Fêtes.

Abstract: Through the processes of globalization very diverse aspects of sociocultural life are interconnected, establishing a complex dialectic with local particularities, from which results the synthesis of glocalization. That leads to the reinforcement and / or resistance of these particularities in the face of globalization homogenization, and to the reconstruction of local identities, among other responses, by the performative power of popular festivals. The main interdisciplinary theoretical contributions to this topic and the examples of glocalization in the fields of communication, football and landscape are studied here.

Keywords: Globalization. Glocalization. Global. Local. Deterritorialization. Reterritorialization. Identities. Festivities.

INTRODUCCIÓN

Por globalización se entiende un proceso por el cual diversos aspectos de la vida económica y sociocultural, que antaño se desarrollaban únicamente en ámbitos locales, regionales e incluso nacionales se interconectan con los de otros lugares del planeta a larga distancia. Es un proceso de homogeneización que si bien pudo tener su origen en la esfera económica, la trasciende; porque prácticamente todas las facetas de la vida se ven afectadas y modificadas en una forma procesual, difundiéndose ideas y prácticas por todo el mundo, sobre todo desde los centros occidentales. La globalización constituye un fenómeno social total, compuesto básicamente por varias dimensiones. Aunque sea muy considerable la vitalidad e incluso la revitalización de lo local. También es un proceso que genera espacios contradictorios, caracterizados por los conflictos, la diferenciación interna y los continuos cruces de límites.



Figura 1. Algunos de los teóricos más notorios de la globalización. De arriba abajo y de izquierda a derecha: Anthony Giddens, Zygmunt Bauman, Roland Robertson, Manuel Castells, Néstor García Canclini, Arjun Appadurai y Georges Ritzer

Los procesos de globalización son multidimensionales y atraviesan la sociedad, la economía y la cultura, imponiendo sus coordenadas a cualquier fenómeno en estos ámbitos. Estos procesos son presentados por la dominante visión hiperglobalista como cada vez más interdependientes, aunque de manera desigual y asimétrica, con un perfil de hegemonía global en las esferas económica y política¹, cuya consecuencia en términos culturales sería un mundo homogeneizado. Con su corolario de ocaso del anclaje territorial y de la relevancia del territorio, la disolución de las comunidades y de sus espacios, y el consiguiente declive de las identidades territoriales, entre ellas las locales², para las que hasta muy recientemente obraron como conformadores unívocos. En todas las ciencias sociales se generaliza un discurso que pregona el fin de los territorios, el arrollador avance de los procesos de desterritorialización³. Y con él la pérdida de la base territorial de las identidades, variable que en el pasado proporcionaba la base primordial para la construcción de las identidades, puesto que el territorio no solo es el sustrato material de la actividad humana, sino también el *locus* de

1. Así como también sociológica, espacial o medioambiental. Con procesos acelerados de crecimiento de instituciones globales, producción y distribución globales de productos, la mundialización de la división del trabajo, de las finanzas, de la información y movilidad de personas a nivel mundial.

2. Aunque la globalización también pone en cuestión la influencia del Estado-nación, nacido de y para la institucionalización de la sociedad nacional y los supuestos que permitían pensar ésta como unidad territorial hermética. El mundo resultante está más interconectado, pero es más débil y fragmentado, porque ya no hay oposición entre la conciencia cosmopolita mundializada y la conciencia particular de los fragmentos.

3. Vista tanto como anulación de las distancias o como desmaterialización de las relaciones sociales.

relaciones de poder y de estrategias identitarias⁴. En este contexto, las fronteras de las culturas locales se tornarían más permeables y difíciles de mantener, puesto que los flujos de información destruirían el sentido de memoria colectiva y de tradición de la propia localidad (Featherstone, 1997: 92).

Todo lo cual no deja de ser una de sus consecuencias más controvertidas; porque sin duda existe una cultura global emergente, pero muchos estudiosos de la globalización convienen en señalar que se sobrevalora esa homogeneización cultural que, aunque central, está inmersa en una compleja dialéctica con las particularidades locales, e incluso se da un reforzamiento de las identidades locales, que se revivifican, inventan y reinventan, perfectamente articuladas a la modernidad, aunque moldeadas por hechos y acontecimientos distantes en el espacio, para de este modo mantener y/o recrear identidades diferenciales –y locales– frente a la homogeneización (Featherstone, 1995: 150 y 1997: 89; Bayardo y Lacarrieu, 1997: 23). La globalización no es proceso inexorable hacia una comunidad universal culturalmente integrada, sino un proceso contingente y dialéctico que engendra dinámicas contradictorias. Crea vínculos transnacionales, pero también dinámicas descentralizadoras e hibridaciones. Y, bajo una aparente homogeneidad del mundo en el nivel macro, existe una mayor heterogeneidad en los microuniversos locales, y un debilitamiento de la mediación espacial en las relaciones sociales. La globalización y sus corolarios –desanclaje, desterritorialización– reordena la relación entre cultura, territorio e identidad; afecta a las estructuras de la localidad, sin que impida la especificidad cultural de los diferentes *loci* (Cruces, 1997: 45).

1. GLOBALIZACIÓN Y LOCALISMO

Contra una opinión bastante extendida la expansión de los referentes globales, lejos de abocar a una convergencia cultural, paradójicamente puede incrementar la producción de diversidad, la contestación y la reafirmación de las identidades de los grupos socioculturales y de las culturas locales en el interior de los Estados nacionales. Si los flujos globales cuestionan incluso las culturas nacional-estatales, no han dejado de suscitar innumerables contestaciones de afirmación nacional, étnica o fundamentalista. Y también la revitalización de tradiciones locales revivalistas y utópicas. Opera como catalizador una sensación de nostalgia por la pérdida de lo local, en términos de espacio físico, pero también a nivel de relaciones sociales y de valores morales; sentimiento de desenraizamiento que suscita reacciones románticas de arraigo al lugar (Featherstone, 1997: 84-92); utilizando al efecto la revitalización de rituales festivos, como también de estrategias de puesta en valor del patrimonio local (asociaciones, museos). Multiplicándose con todo ello los referentes identitarios y los criterios de afiliación y pertenencia, surgiendo grupos identitarios transnacionales y/o translocales⁵, con la cohabitación de identidades individuales y grupales complementarias.

La prevalencia de un determinado nivel de identidad va asociada a la formación social hegemónica en cada momento. En general, la identidad familiar y local (lugar natal, tribu, aldea) predominan en los países menos desarrollados y en las sociedades preestatales, mientras que en el proceso de formación de un Estado se acentúa la individualización, la identidad “como yo”. Si bien en la transición de un nivel a otro se producen conflictos de identidad, y sobreviven lealtades familísticas y locales. A su vez, la globalización supera la función del Estado nacional como unidad de supervivencia, pero es muy fuerte la resistencia de la identidad nacional, sostenida por lazos emocionales (*ibid.*: 255-257) y sentimientos de pertenencia. En general, siempre se da un desfase entre el nivel de integración macrosocial y la imagen del *nosotros*, de la identidad social más vinculante, y más aún en el contexto de la globalización, por lo que persisten espacios sociales de etapas precedentes, como son el local y el nacional-estatal.

"Una de las singularidades de la situación actual es el hecho de que también en este plano la imagen del nosotros, la identidad como nosotros de la mayoría de los seres humanos, va muy por detrás del nivel de integración real; la imagen del nosotros va muy a la zaga de la realidad de las interdependencias globales y, por tanto, también de la posibilidad de que grupos humanos particulares destruyan el espacio social común" (Elias, 1990 [1987]: 263).

4. Siempre desde la perspectiva simbólico-cultural, que entiende la territorialidad como producto de una apropiación de un grupo social sobre su espacio, atribuyéndole una identidad territorial (HAESBAERT, 2001: 115-121; HOMOONO, 2009 a, 2009 b, 2012). Porque a partir de las jurídico-políticas o económicas, la desterritorialización es más radical.

5. Particularmente en el contexto de las comunidades diaspóricas, vinculadas a las emigraciones transnacionales, que protagonizan como ninguna otra la desterritorialización y la hibridación.

En el ámbito cultural no existe consenso acerca de si la globalización homogeneiza creando culturas cosmopolitas no configuradas por el territorio; o si, por el contrario, desata particularismos de resistencia y localismos que revitalizan tradiciones. Frente al aserto de que la globalización socava la autoridad de la tradición y de la comunidad local, otros estudios indican la existencia de diferentes respuestas a esta influencia hegemónica. Si desde la perspectiva hiperglobalista se acentúan la integración y la asimilación de lo local en lo global, a partir de una óptica particularista se visualizan las diferencias como irreductibles e incluso novedosas, y también hay quien concibe globalización y localización como cara y cruz de un mismo proceso (Bayardo y Lacarrieu, 1997: 17). Entendiéndose en clave de ascenso tanto lo global como lo local, y prestándose mayor atención a la cohesión de los lugares, a las comunidades locales y a sus identidades. Contraposición dicotómica que distingue entre la globalización de las actividades económicas de vanguardia y las elites vinculadas a ellas por un lado, y la localización del trabajo y de la población por otro (Barañano, 2005: 429-432).

De todos modos, también en el ámbito cultural, la globalización se manifiesta como creciente interconexión entre culturas locales. No es un fenómeno absolutamente nuevo, sustituyendo a la anterior imagen de mosaico cultural a partir de entidades territoriales con límites claros⁶. La ecúmene global es el paisaje de la modernidad, en alusión a esta interconexión intercultural a escala mundial. Estas conexiones más allá de la comunidad local, o transnacionales han dejado de ser un asunto de elites, porque los locales han descubierto que su cultura es menos penetrante y más abierta, y con ello se han convertido en alguna medida en cosmopolitas (Hannerz, 1998: 34-36, 53, 179-180). Lo local, por contraste con lo global, también es crecientemente determinado por estructuras, influencias y relaciones sociales distantes, aunque se basa sobre todo en el contexto de cara a cara⁷, de forma autónoma y profunda, mientras que lo global es más superficial. El lugar, cuyo relativo aislamiento ha sido dislocado por la globalización, también incorpora relaciones sociales más allá de sus fronteras, como punto de encuentro y mezcla con las intralocales.

La cultura global es, cada vez en mayor medida, un entrelazamiento de culturas locales diversas⁸, que se están convirtiendo en subculturas dentro de un conjunto más amplio. Cada vez es mayor el número de personas que, incluso permaneciendo en su lugar de origen, consideran su cultura local menos difundida, menos confiable y sin estar nítidamente relacionada con otras culturas; si se impone la cultura global a través de un proceso de homogeneización, se extinguirían las culturas locales. Los cosmopolitas y los locales actuales poseen intereses comunes en relación con la supervivencia de la diversidad cultural; lo que significa que no podrán existir individuos cosmopolitas sin la existencia de los propiamente locales (Featherstone, 1999 [1990]: 251, 264-265).

Globalización y localismo van indisolublemente unidos en el proceso de glocalización. Pero esta relación entre lo global y lo local no es unívoca, porque ambos polos no son opuestos y alternativos, sino interdependientes y entrelazados, por lo que es preciso tener en cuenta la especificidad de cada caso; y la importancia de la dimensión cultural es máxima en esta dialéctica, con síntesis diferentes, imputables también a las distintas estrategias de localización de los colectivos implicados. En algunos casos, se acepta la cultura global, aunque con significativas adaptaciones locales; en otros se tiende a una hibridación; y por fin las influencias globales también pueden originar la revitalización de formas culturales autóctonas, con una

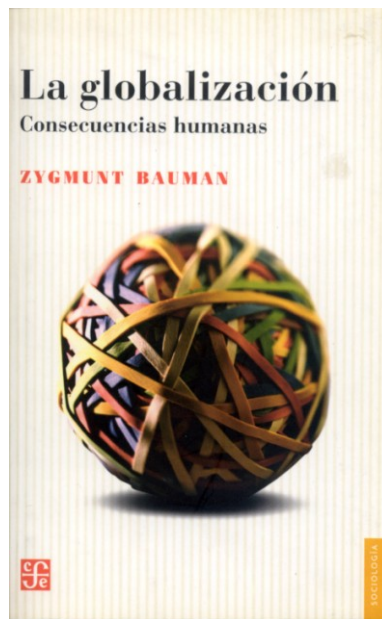
6. Si globalización hace referencia a un incremento de la interconexión, el proceso no es irreversible y, al menos en los ámbitos locales y regionales pudieran darse fenómenos de desglobalización.

7. Según Hannerz esta característica sería definitoria de lo local, junto con la experiencia cotidiana, la socialización primaria y la experimentación sensorial. Circunstancias, todas ellas, que constituyen "una razón bastante fuerte a favor de la continuada importancia de lo local". Pese a que, lejos de ser autónoma, la localidad es un escenario donde siempre han confluído una diversidad de influencias (HANNERZ, 1998: 48-49). El territorio local tiene connotaciones de límites claros entre interior y exterior, entre nosotros y los otros. Aunque cada vez es más difícil que alguien responda al tipo ideal de lo local. Exiliados y trabajadores transnacionales, por ejemplo, se ven literalmente desenraizados de la base territorial donde se halla su cultura local. Si bien pueden intentar reproducir su cultura local en la nueva sociedad de acogida.

8. Las antiguas culturas definitoriamente locales hoy están presentes en todos lados, siquiera sea como otredades. Porque, a través de la inmigración, una proliferación de culturas originariamente muy localizadas se han relocalizado en los países de destino, principalmente en las grandes ciudades y siquiera sea bajo la noción de etnicidad. Porque la globalización no es tan sólo económica, sino que también comprende la dimensión cultural y de la formación de identidades (SASSEN, 2003: 28-29). En las condiciones favorables de la globalización, estos nuevos flujos migratorios han llegado a formar verdaderas comunidades transnacionales intercomunicando su grupo étnico con los establecidos en otros países de acogida (CASTLES, 2005; HOMOONO, 2012).

exaltación defensiva de la identidad local. Porque “la interconexión personal entre lo local y lo global es cada vez más opaca”, sin que sea predecible a priori qué variable ocupa el lugar central y cuál el periférico en la ecumene global (Hannerz, 1998: 53). Se plantean complejas rearticulaciones espacio-temporales, con procesos en juego desde la desterritorialización hasta el reanclaje. Y que analizaremos aquí desde la perspectiva de la relación global/local o de glocalización, entendida en términos más de interpenetración que de contraposición dicotómica. En cualquier caso, se dan simultáneamente procesos de diferenciación junto a los de homogeneización, que se manifiestan en la reivindicación de las alteridades y el reforzamiento de las identidades locales. Con el concurso instrumental del potencial aportado por los rituales festivos.

Parece fuera de duda que el proceso de globalización condiciona las identidades colectivas de cualquier nivel y tipo, y constituye el nuevo contexto en el que se construyen éstas. Provocando importantes cambios en todas estas identidades, y en concreto en la local que nos ocupa. El impacto de los procesos de globalización cuestiona la idea tradicional de comunidad como red de relaciones sociales fuertemente circunscrita a un lugar y a una proximidad física y cultural. La comunidad se encuentra en proceso de dislocación, y se reconstruye sobre bases que no ya no son necesariamente locales ni territoriales (Eade, 1997). La globalización establece una relación dialéctica con lo local, estimulando la emergencia y exaltación de identidades comunitarias o locales cuya adaptación o resignificación es preciso explicar; y cuya construcción recae en buena medida en artificios simbólicos del imaginario y su expresión mediante la revitalización de rituales festivos, inscrita en una estrategia identitaria más amplia, como intentaremos probar.



Lo local sería al propio tiempo negación de lo global y también parte del mismo. La globalización tendería a negar la localización, al propio tiempo que contribuye a reproducirla. Los extremos de esta dialéctica oscilan entre lo particular y lo general.

La globalización implica la licuefacción acelerada de vínculos e instituciones sociales, ya que todos ellos carecen de duración suficiente como para cristalizar en formas estables, y se convierten en obsoletos con suma celeridad. En la moderna sociedad líquida “las condiciones de actuación de sus miembros cambian antes de que las formas de actuar se consoliden en unos hábitos y en unas rutinas determinadas” (Bauman, 2006: 9). En medio de esta precariedad e incertidumbre constantes no hay lugar para proyectos a largo plazo ni para construir lazos de solidaridad y afecto que impliquen dependencia o compromiso. Por ello, la existencia localizada implica desventajas, porque las localidades pierden su capacidad de generar valor y de controlar sus espacios públicos (Bauman, 2010 [1998]: 9).

Todo ello dificulta la conservación de un sentido estable de identidad cultural local, en la medida que implica la producción e irrupción en nuestra vida cotidiana de formas culturales desterritorializadas, es decir que ya no son fruto de una interacción cara a cara, sino de interacciones no presenciales, que implican cambios globales y adaptaciones locales a estas influencias globalizantes y lejanas; que también afectan a las expresiones más populares de la ritualidad festiva. Por su estrecha conexión con las identidades colectivas, las fiestas continúan vehiculando la expresión y toma de conciencia de las formas locales y comunitarias de identidad –o su *desideratum*– pero también son capaces de expresar una nueva gama de identidades heteróclitas, y de intervenir en las estrategias simbólicas de la glocalización reconstruyendo identidades desestructuradas.

La globalización implica acción a distancia y, por lo tanto, la deslocalización y la desterritorialización⁹ son sus premisas culturales por excelencia, con la penetración de flujos y experiencias distantes en los microuniversos locales, donde los significados se desvinculan de su entorno más próximo. El tránsito y la circulación originan la proliferación de los *no lugares* característicos de la sobremodernidad.

"El mundo de la globalización económica y tecnológica es el mundo del tránsito –destacándose todo ello sobre un trasfondo de consumo–. Los aeropuertos, las cadenas hoteleras, las autopistas, los supermercados [...] son no lugares en la medida en que su principal vocación no es territorial, no consiste en crear identidades singulares, relaciones simbólicas y patrimonios comunes, sino más bien en facilitar la circulación (y, por ello, el consumo) en un mundo de dimensiones planetarias" (Augé, 2003: 101).

A medida que se deslocalizan las prácticas culturales, van debilitándose las certidumbres y tradiciones locales, se produce un desencantamiento del mundo y se pone en tela de juicio la construcción de la identidad y de las raíces en la modernidad tardía, como han explicitado Giddens (1997: 1-5); Castells (1998, I: 33) o Hall (2003: 76); proceso de desarraigo que se vivencia como una pérdida, un peligro, una amenaza. Lo que genera una búsqueda reactiva de sentido mediante la revitalización de identidades defensivas de referente territorial y local¹⁰, renaciendo algunas negadas y surgiendo otras nuevas; entablándose así una interacción entre lo global y lo local, en un mundo cada vez más global y más impersonal. El propio concepto de globalización "se puede describir como un proceso dialéctico que crea vínculos y espacios sociales transnacionales, revaloriza culturas locales y trae a un primer plano terceras culturas (Beck, 1998: 30). La globalización cultural es ambivalente y contradictoria, e implica la articulación dialéctica entre dualidades básicas que no se excluyen, sino que se complementan: homogeneización/diferenciación, universalismo/particularismo, centralización/descentralización, globalización/localización (Robertson, 2000 b). La glocalización es, sobre todo, la forma en que las tendencias globales adquieren forma en lo local, aunque la relación que se establece entre las esferas de lo global y lo local es interactiva, de interpenetración. Los procesos de la globalización despiertan, con frecuencia una respuesta de su opuesto: la exaltación de lo micro, de lo local. Para algunos autores, lo global y lo local no son sino el resultado de dos miradas diferenciadas sobre el mismo fenómeno (Hall en King, 1991: 61). Geógrafos como Milton Santos, han afirmado que al orden global que desterritorializa se opone otro local que reterritorializa porque: "Cada lugar es, al mismo tiempo, objeto de una razón global y de una razón local, que conviven dialécticamente (2000: 290). Los procesos de glocalización se traducen en formas de multilocalidad y multivocalidad, dada la aparición de nuevos sujetos colectivos interconectados a escala global y la resignificación de las identidades que dan sentido a su participación. De modo que la mundialización de las redes y de los flujos no destruye las territorialidades, heredadas de órdenes socio-espaciales antiguas, y adaptadas a nuevos imperativos (Di Méo, 1996: 45).

Porque en este contexto de globalización de la cultura, el perdedor fundamental es el ámbito de la nación-estado, fundada sobre la negación de las regiones y de las "patrias" locales. Su cuestionamiento, y el de la identidad nacional, redundan en beneficio de lo local, que experimenta un cierto retorno. Es un historiador, P. Nora, quien establece este vínculo de causa-efecto entre la decadencia de la idea de nación y su corolario de renacimiento multiforme de lo local, de lo particular y fragmentario. Existen lugares de memoria porque ya no hay

9. Aunque, propiamente hablando el espacio y tiempo globales no existen, sólo existe lo local.

10. Que se nutren de elementos dispares, como la desconfianza ante el gobierno central, reivindicaciones económicas antideslocalizadoras. Las estrategias de identidad siempre serían locales (FRIEDMAN, 1999: 346).

medios de memoria, es decir comunidad nacional portadora de tal memoria, que se fragmenta entre multitud de lugares (1984: 17).

De este modo, y dentro de las lógicas de la globalización, encontramos en lo local, reconstrucciones reflexivas de la identidad mediante la recuperación y revitalización de rituales tradicionales. Reconstrucción identitaria que parte desde la reflexividad, para luego pasar a la acción de recreación. Reflexividad que, entendida como conciencia de la diferencialidad cultural, es un componente básico de toda identidad.

2. DIMENSIONES DE LA MODERNIDAD GLOCALIZADA

Muchas de las principales visiones enunciadas a partir de las ciencias sociales, fundamentalmente sociología, antropología social y geografía¹¹, sobre el carácter del proceso globalizador y sus parámetros culturales, la sitúan en dialéctica relación con las instancias locales de territorio e identidad. Tales como los flujos globales y los procesos de desanclaje local. Este tipo de discursos superan la dicotomía global/local, planteando una visión integradora de sus elementos constitutivos. Examinaremos individualizadamente algunos¹² de los más relevantes desde nuestra óptica.

2.1. Giddens: fantasmagoría de lo local y procesos de desanclaje

Anthony Giddens, a partir de una mirada sociológica, entiende la globalización asociada a la modernidad tardía como un fuerte aumento de la interdependencia y la interconexión, con unas colectividades intermedias, incluido el Estado, que no desaparecen pero que son reorganizadas (1997: 77). Rechaza los enunciados posmodernos del fin de la modernidad, afirmando una universalización de las consecuencias de ésta; la constitución un único sistema mundial a instancias de los crecientes vínculos de interdependencia y de acción a distancia. La globalización no es más que la difusión y la radicalización general de la modernidad (1993: 28). Giddens parte de la consideración del espacio y del tiempo como elementos constitutivos de los sistemas sociales, y vincula su proceso de transformación con el tránsito de la tradición a la modernidad. La sociedad postradicional es la primera sociedad global, que vacía de contenido los contextos locales, la comunidad local, y los modos de vida tradicionales y especialmente la “comunidad situada localmente”. Pero la globalización no es un imperialismo unidireccional, porque en su fase actual la comunidad local y la tradición persisten, aunque lo novedoso es que estos referentes preexistentes están en contacto con otras y con numerosas formas de vida alternativas y en mutua dialéctica con ellas (Giddens, 1997: 122-124).

La naturaleza dinámica de la modernidad remite a una transformación de categorías ontológicas relacionadas en las sociedades premodernas: tiempo, espacio, lugar, identidad, distancia y proximidad. El advenimiento de la modernidad separa el tiempo del espacio, y éste del lugar entendido como localidad o locación física de la interacción¹³ (1993: 26). Fomentando así las relaciones a distancia entre personas que no están copresentes en una interacción cara a cara. Lo local¹⁴ se torna progresivamente *fantasmagórico*, porque “los aspectos locales son penetrados en profundidad y configurados por influencias sociales que se generan a gran distancia de ellos” (1993: 30). La forma visible de lo local enmascara las relaciones distantes, ya no tan dependientes de las particularidades del “lugar localizado”. Lo local está en relación dialéctica con lo global, y el ascenso del primero no solo no anularía lo local, sino que más bien lo estimularía. El concepto de lugar lo reserva Giddens para el mundo premoderno, asociándolo con la tradición y con tipo de comunidades estructuradas por ésta, y no con las sociedades de

11. Aunque también otros saberes, como la geografía política, se hayan interesado por estos parámetros. Así, por ejemplo, P. J. TAYLOR estudia la política en las localidades constatando que éstas, lejos de eclipsarse en la globalización, cambian pero no desaparecen (1994: 281). En este contexto se ha revalorizado el concepto de lugar y su identidad, aumentado el peso específico del territorio, y revigorizado los procesos de construcción de identidades colectivas vinculadas localmente, con la reinención y reivindicación de los lugares. Pensar globalmente y actuar localmente sería frecuente en este escenario de tensión entre las fuerzas globales y los particularismos culturales que es la glocalización (NOGUÉ y RUFÍ, 2001: 18, 157-159).

12. Por suponerlas de relevancia estratégica para nuestro objeto de análisis. En un estudio más específico serían ineludibles las referencias a las aportaciones de BECK, LASH Y URRY, JAMESON, HARVEY, SOJA o SASEN.

13. La territorialidad dominante de la modernidad es el Estado-nación, garantizada mediante la identidad nacional y el recurso a la violencia. Su delimitación se lleva a cabo trazando fronteras (*borders*) precisas, que sustituyen a los antiguos límites difusos (*frontiers*), en concurrencia con otros Estados-nación.

14. Entendiendo por local “asentamientos físicos de actividad social ubicada geográficamente” (GIDDENS, 1993: 30).

la modernidad, en las que difícilmente podría subsistir; por lo que propone sustituir este concepto por el de local (1993: 30).

Giddens entiende por desanclaje “el *despegar* las relaciones sociales de sus contextos locales de interacción y reestructurarlas en indefinidos intervalos espacio-temporales” (1993: 32). Desanclaje con respecto a las formas tradicionales de interacción presencial, cara a cara. Es un proceso expansivo de alcance mundial que revela la faceta intrínsecamente globalizadora de la posmodernidad. Y que rearticula la experiencia vivida en los mundos locales; los lugares se transforman y se abren a influencias remotas, a estructuras y procesos sociales distantes y compromisos de ausencia, en última instancia, globales, en íntima dialéctica con lo local. Lo que sucede en un barrio local está sometido a influencias a distancia indefinida, y no necesariamente de tendencia unívoca, sino a menudo contradictoria (1993: 67-68). Es decir que:

“Lo local y lo global se han entretreído inextricablemente. Aún persisten los sentimientos de apego e identificación con los lugares; pero también éstos han sido desvinculados; ya no expresan prácticas y compromisos establecidos localmente sino que van gravados con influencias mucho más lejanas [...] La comunidad local ha dejado de ser un lugar de significados familiares, para convertirse, en expresión localmente situada de relaciones distantes” (Giddens, 1993: 106).

Esto no significa que las personas dejen de vivir sus vidas en localidades reales, y conserven su familiaridad con los contextos locales. Existe un reanclaje, o reapropiación de estas relaciones desvinculadas, para relacionarlas –siquiera sea parcial o efímeramente– con condiciones locales de tiempo y lugar. Porque Giddens recurre más al término de desanclaje que al de reanclaje. Nuestra experiencia espacial ha cambiado sustantivamente, combinando proximidad y distancia en formas novedosas, que tienen escaso paralelismo con épocas anteriores. La dialéctica entre estos dos polos se asimila a la existente entre desterritorialización y reterritorialización, términos que no utiliza Giddens.

2.2. Castells: el espacio de los flujos y el espacio de los territorios

Para el también sociólogo Manuel Castells la globalización es la transformación de la capacidad organizativa, tecnológica, económica e institucional, que lleva a un sistema social a funcionar, en tiempo real, a escala planetaria, con la consiguiente aceleración del tiempo y la contracción del espacio. Proceso que se asocia con la informacionalización y la difusión urbana. En este contexto, se refuerzan los ámbitos locales y regionales, y las identidades colectivas integradoras, de base territorial (Borja y Castells, 1997: 367-368).

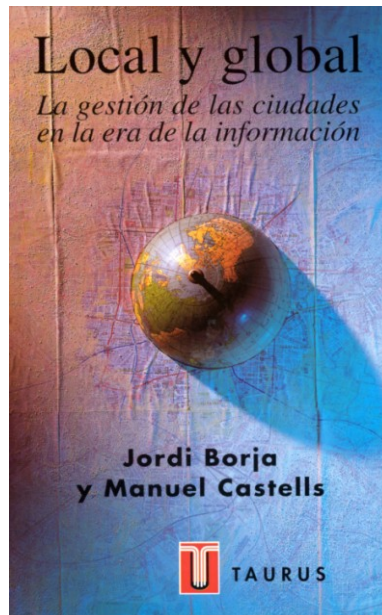
“Las culturas de base territorial, aun no desapareciendo, tienen que buscar formas de relación, generalmente subordinada, con unos potentes medios de comunicación globalizados que, aunque sin determinar las conciencias, configuran en buena medida un hipertexto de la comunicación y la interacción simbólica” (Borja y Castells, 1997: 12).

Desde el punto de vista de las identidades territorializadas, la aportación más significativa a la intelección de la dialéctica glocalizadora por parte de Castells es su visión de la emergencia de nuevas formas y procesos espaciales en la sociedad global de la información. Porque el cambio estructural de las sociedades contemporáneas, y su interconexión global, ha determinado la transformación del tiempo y del espacio, con el paso de los espacios de lugares a los espacios de los flujos. La sociedad de la información, y también su dimensión espacial, está articulada en torno a flujos. El “espacio de los flujos” conecta capitales, imágenes e informaciones estratégicas, multinacionales, tecnologías, modas culturales y miembros de una elite cosmopolita independizada de constricciones locales (Castells, 1995: 18; Borja y Castells, 1997: 67). Con soportes materiales en la red de comunicación electrónica, los nodos y ejes¹⁵ y la organización espacial de las élites cosmopolitas. Incluso en este contexto –dominante, expansivo y global– el papel del espacio es esencial, porque el poder domina mediante los flujos, y sus élites constituyen comunidades simbólicas y territorialmente aisladas.

Para la inmensa mayoría, toda esta actividad sigue siendo de ámbito local o regional. Porque, para la gente común, su vida y su experiencia cotidiana, está arraigada en los lugares

15. Los territorios propios de la globalización se configuran en forma de redes, cuyos nodos serían las “ciudades mundiales” diversamente jerarquizadas y distribuidas por el mundo.

(Castells, 1997: 461), y: “El espacio de los lugares, basado en la contigüidad territorial, sigue existiendo. De hecho, constituye el espacio fundamental de la experiencia personal y la identidad cultural para la mayor parte de la gente” (Castells, 2001: 478). “Un lugar es una localidad cuya forma, función y significado se contienen dentro de las fronteras de la contigüidad física” (Castells, 1997: 457).



Este espacio, forma territorial de organización de la cotidianeidad, es “cada vez más local, más territorial, más apegado a la identidad propia, como vecinos, como miembros de una cultura, una etnia, una nación [...] se recupera la tradición histórica y afirma la geografía de las culturas, pero que también puede degenerar en tribalización, fragmentación y xenofobia” (Castells, 1995: 15). Porque lo global se localiza, produciendo segmentación y segregación a través de migraciones que incrementan la pluralidad étnica y cultural de las sociedades avanzadas (Borja y Castells, 1997: 111-112). Por lo que Castells explorará el espacio de los territorios con la mirada puesta en el crisol identitario¹⁶, y en la construcción de identidades y culturas locales de resistencia (nacionalismo étnico, fundamentalismo religioso, comunidades territoriales) y de proyecto¹⁷ (ecologismo, indigenismo, feminismo), que se definen frente a la globalización en curso (Castells, 1998, II: 30-31), entre ellas las territoriales. Todas estas nuevas identidades colectivas, a través de un proceso activo de construcción, conducen a la formación de comunidades, entre las que estarían las locales. Paradójicamente, con la globalización, la identidad ha vuelto a reanclarse en lo local, como forma de soslayar el desarraigo y de reforzar el sentimiento de pertenencia a alguna de sus expresiones¹⁸. Si bien se ha producido una proliferación de las identidades y sentimientos de pertenencia dobles: global y local.

16. Las identidades colectivas son fuentes de sentido para los propios actores, y son construidas mediante procesos activos de individuación.

17. Esta respuesta de reacción defensiva se articula en torno a movimientos identitarios que buscan establecer realidades alternativas a la globalización y, con ello, la transformación de toda la estructura social. Muchos de esos movimientos abogan por la restauración de sus propias comunidades sociales a una condición prístina, con el resto del mundo permaneciendo como una serie de comunidades cerradas que no les planteen ninguna amenaza. Estos movimientos son, en parte, consecuencia de simplificar el complejo mundo actual recurriendo a verdades pasadas; el pasado representa seguridad y el futuro se percibe como algo cada vez más inseguro e incierto.

18. Esta glocalización de las identidades ha tendido a explicarse por los sentimientos de inseguridad y de pérdida de control que son corolarios inevitables de la globalización (cfr. NOYA y RODRÍGUEZ, 2010: 25).

3. GLOCALIZACIÓN Y DESTERRITORIALIZACIÓN; DE LA NADA O DEL ALGO

3.1. Robertson y Tomlinson: glocalización

Los estudios de estos dos autores presentan la globalización como glocalización, con una profunda imbricación de sus aspectos globales y locales, universales y particulares, homogeneizadores y heterogeneizadores; con un especial énfasis en las problemáticas de la desterritorialización, y de la globalización subjetiva a través de la construcción de un nuevo imaginario. Al igual que otros, como Apaddurai o Featherstone, contradicen la idea de que la globalización cultural implique un mundo más homogéneo culturalmente, porque la globalización significa sobre todo glocalización (Beck, 1998: 56). Las identidades son, básicamente, locales aunque se desenvuelven en interacción unas con otras y siempre en la arena de lo global (Friedman, 1999 [1990]: 346).

3.1.1. Robertson

Para Robertson, la globalización “se refiere, al mismo tiempo, a la condensación del mundo y a la intensificación de la consciencia del mundo entendido como un todo” (1999: 23). Lo que implica tanto la interdependencia global de las relaciones sociales como la idea de que es en este marco de referencia donde los agentes sociales imaginan su existencia e identidad. Sin que ocuparse del fenómeno globalizador deba implicar desentenderse de los hechos locales. Porque la globalización es un complejo proceso de tendencias hacia la universalización de lo particular y la particularización de lo universal (2000 b: 213-214). La respuesta a la globalidad, es la de que el único camino para salvar el mundo de una extrema complejidad y caos consiste en establecer una comunidad global que sea altamente respetuosa con la tradición local y con la variedad cultural.

El pensamiento de Robertson sobre la globalización es un intento de entender las maneras en las que lo global y lo local interactúan y se influyen mutuamente para producir una cultura global, sin excluirse¹⁹. Robertson postula que la globalización debe ser entendida como glocalización. Una forma gráfica de referirse a esa relación nueva entre lo local y lo global. Local y global no constituyen un par de opuestos, sino realidades complementarias, entre las que se establece una tensión dialéctica y una compleja interacción e interdependencia. La globalización no es únicamente una homogeneización, sino que también implica un acercamiento a las culturas locales. Lo global entraña la universalización del particularismo, la conexión translocal de muchos lugares, y lo local puede entenderse como un producto una parte de lo global, y no como forma de oposición o resistencia a lo hegemónicamente global. Porque buena parte de la producción y reproducción de lo que se tiene por local se ha construido a partir de bases translocales o superlocales; la globalización significa también acercamiento y mutuo encuentro de las culturas locales (Robertson y White, 2005: 14, 32). En el contexto global, tanto la comunidad como la localidad son continuamente inventadas e imaginadas, porque la globalización:

“[...] ha implicado la reconstrucción, y en cierto sentido la producción, de *hogar, comunidad y localidad*. En esa dirección, lo local no es visto, desde un punto de vista analítico o interpretativo, como contrapunto de lo global. De hecho, lo local puede ser considerado [...] como un aspecto de la globalización” (Robertson, 2000 b: 221).

En definitiva, resulta preferible hablar de glocalización²⁰, concepto que evita la contraposición de la idea de globalización como opuesta a la de localización, porque aquella “ha implicado y sigue implicando de manera creciente la creación e incorporación de localidad”. Lo local está socialmente construido con referencia a los procesos globalizadores, cuyos valores globales son adaptados por las sociedades locales. (Robertson, 2000 b: 236); tampoco se pueden entender global y local, homogeneización y heterogeneización como tendencias

19. Robertson, a diferencia de otros autores, sugiere que el proceso de globalización es anterior a la modernidad y a las sociedades modernas. Sin embargo, está de acuerdo con algunos más en que la modernidad proporciona un impulso añadido a los procesos de globalización.

20 Sin embargo la génesis de este concepto no se debe ni a Robertson ni a Tomlinson, sino que deriva del término japonés *dochakuka*, que significa “localización global” utilizado, en términos comerciales por *Sony* para referirse a la fabricación de productos globales, prácticas industriales y servicios para adaptarse a tradiciones y gustos culturales diversos. La *glocalización*, como palabra y como práctica pasó después a los círculos de negocios de Estados Unidos y de Asia.

opuestas, ya que son simultáneas y complementarias (Robertson y White, 2005: 20, 31). El proceso globalizador no conlleva la construcción normativa de una cultura global a partir de la homogeneización de todas las culturas, ni la simple interconexión de todas éstas, sino que las culturas locales se identifican en el marco de esta circunstancia global; en un proceso contingente y dialéctico, en el cual no dejan de apreciarse elementos contradictorios (Robertson, 2000 b: 223). Las culturas locales gozan de mayor capacidad para “adaptar, moldear y redefinir el sentido de cualquier fenómeno global con objeto de satisfacer sus necesidades, creencias y costumbres particulares” (Robertson y Giulianotti, 2006: 10). Aunque se generan tendencias tanto hacia la fragmentación y disolución de formas comunitarias como hacia la consolidación de esfuerzos románticos y nostálgicos encaminados hacia su recuperación. El problema de la globalización es que, para parte de una sociedad local, implica pérdida de su propia identidad, cosa que no está dispuesta a permitir. Pero, en cualquier caso, los movimientos en favor de las identidades locales encuentran formas para limitar y redefinir los espacios glocales, admitiendo factores que no forman parte de la cultura oriunda de cada país, pero que influyen ineludiblemente en el desarrollo local de un lugar.

3.1.2. Tomlinson

Las aportaciones de Tomlinson a la comprensión de la globalización se centran en su vertiente cultural, porque: “La globalización se encuentra en el núcleo de la cultura moderna, en tanto que los usos culturales se hallan en el centro de la globalización” (2001: 1). Y caracteriza a la globalización como incremento de la integración y conexión de las prácticas y experiencias culturales; como conectividad compleja entre las transformaciones sistémicas y los ámbitos locales de la experiencia cotidiana, descartando de una vez por todas el concepto de *globalidad* y centrándonos en su lugar en la creciente conectividad entre las localidades, adoptamos una vía de pensamiento bien distinta, en la que la globalización no desemboca en una homogenización sistemática de la cultura²¹. Para comprender la fuerza de la globalización cultural, así pues, tenemos que estudiar las *localidades* y las formas en que éstas están siendo transformadas.

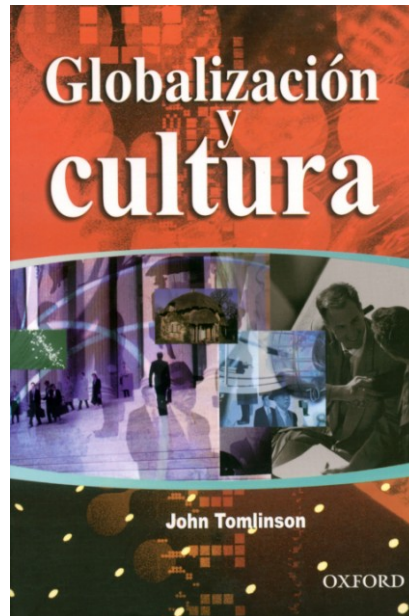
Tomlinson postula la tesis de una cultura global desterritorializada²², permeada por interacciones complejas. Constata que la globalización “transforma fundamentalmente la relación entre los *lugares* que habitamos y nuestras prácticas, experiencias e identidades culturales” (2001: 125). La vida local ocupa la mayor parte del tiempo y del espacio de la mayoría de las personas, pero su conectividad hace que hechos y fuerzas distantes penetren en la experiencia local (*idem*: 10-11). Una transformación de la relación entre lugar y cultura, con el debilitamiento del vínculo entre la cultura cotidiana y la localización territorial, que cabe categorizar como desterritorialización; lo que, sin embargo, no elimina la vivencia de lo local, sino que la transforma, incorporando fuerzas distantes a nuestras localidades (*idem*: 126-127, 152). Hecho incontrovertible, pero no específico de la cultura global moderna, porque suponer un vínculo estrecho y “natural” entre la cultura y la localización en las sociedades premodernas supone incurrir en el mito de culturas puras, sin influencias exógenas, que jamás existieron como tales (*idem*: 153-154). Pero en la modernidad global se incrementa a instancias de la fluidez, la movilidad y la interacción. La desterritorialización no es un proceso lineal y unívoco, sino que está sometido a la dialéctica con prácticas reterritorializadoras, lo que refuerza el carácter de la globalización cultural como transformación de la localidad, porque: “La desterritorialización no puede significar el final de la localidad, sino su transformación en un espacio cultural más complejo” (*idem*: 176), más abierto a hibridaciones y a influencias que van más allá del Estado-nación.

La desterritorialización de la cultura trasciende la localidad en cuanto comunidad singular con límites espaciales y temporales. Las migraciones y las diásporas favorecen los contactos e hibridaciones entre distintas formaciones culturales; y ha obligado a los investigadores sociales a acuñar y desarrollar conceptos tales como glocalización, translocalidad, desterritorialización,

21. Citando como apoyo al filósofo Slavoj Žižek: “Un ciudadano verdaderamente global es hoy en día precisamente aquel que (re)descubre o vuelve a (o se identifica con) unas raíces particulares, una identidad básica común; el *orden global* no es, en última instancia, otra cosa que el marco y el contenedor de esta multitudinaria mezcla de identidades particulares”. Žižek argumenta que esta atracción por lo local es la representación de un fenómeno cultural, una nueva articulación de la imaginación cosmopolita (ŽIŽEK, 2004: 1).

22. Aunque, como replica Hall, se produce una reterritorialización, que da sentido al lugar en un contexto global: “La vuelta a lo local es a menudo una respuesta a la globalización” (HALL, en KING [comp.]: 33).

re-territorialización, relocalización, movilidad..., para describir los complejos procesos de la sociedad global.



El concepto de lo glocal refleja nítidamente la capacidad de resistencia de la culturas locales, sin excluir por ello las prácticas interlocales o interculturales y sin desmentir la ineludible desvalorización de las culturas locales, aunque no aniquiladas por la cultura global.

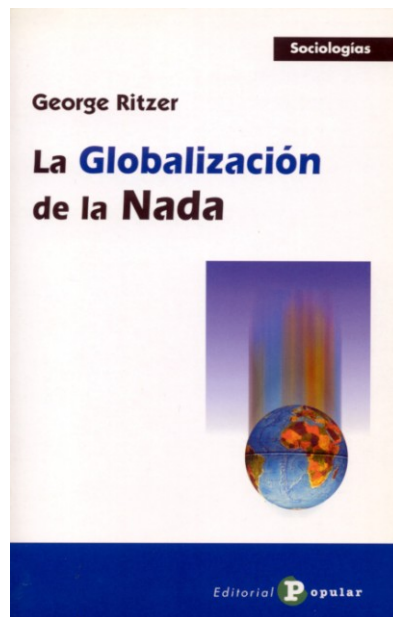
3.1.3. La glocalización de la nada o del algo (Ritzer)

Pese a que existen definiciones diferentes del concepto de la nada, éste se utilizará aquí para referirse a formas sociales generalmente concebidas y controladas de manera central, comparativamente desprovistas de contenido sustantivamente distinto. Para George Ritzer existe una globalización (globalización) de la nada: no-lugar (compañía de tarjeta de crédito), no-cosa (préstamo de tarjeta de crédito), no-persona (especialista en tele-marketing) y no-servicio (ayuda automatizada, telefónica); frente a la del algo: lugar (banco comunitario), cosa (préstamo personal), persona (banquero personal) y servicio (asistencia individualizada). Todo ello dentro del ámbito del consumo contemporáneo y en proceso de globalización (globalización) extensiva, que se extiende y multiplica a nivel planetario. Todo esto significa que algo y nada son conceptos relativos y que uno no tiene sentido sin el otro.

Correlativamente se produce una glocalización de la nada, uno de cuyos mejores ejemplos se encuentra en el campo del turismo. Donde los turistas globales se encuentran con fabricantes minoristas que producen y venden respectivamente bienes y servicios glociales., de alta calidad para turistas exigentes. Sin embargo, cada vez más el turismo global busca la glocalización de la nada: tiendas de recuerdos repletas de baratijas que reflejan muy poco la cultura local. Otro ejemplo significativo consiste en la producción de espectáculos nativos (trajes tradicionales, danzas y música) para turistas globales. Estos espectáculos son formas concretas de glocalización de la nada, porque han pasado a convertirse en formas vacías centralmente concebidas y controladas. Casi todos los turistas globales quieren, con prisa, ver el espectáculo o degustar un sucedáneo de comida local, para luego proseguir su presurosa gira. De este modo, en el área del turismo, es mucho más probable ver glocalización de la nada que del algo (Ritzer, 2006: 176-177).

Sin embargo, la mayoría de quienes se centran en la glocalización tienden a alegar que la interacción de lo global y lo local produce algo; y, además a privilegiar lo que constituye algo glocal con respecto a la nada global. Ciertamente continúa existiendo un proceso de glocalización de algo, que representa una poderosa fuerza que se opone a la globalización de la nada. Las formas glociales de algo perduran como tales por varias razones. La complejidad de lo glocal se debe al hecho de que implica una mezcla significativa de lo global con lo local. Lo que es glocal por antonomasia se comercializa en un área geográfica limitada. Además, las

formas locales de algo tienden a ser costosas, en comparación con sus formas competidoras producidas masivamente. Su carácter complejo hace más probable que no sean del agrado de personas de otras culturas. Y las piezas de artesanía local se prestan en menor grado a la comercialización y publicidad masivas que los productos fabricados masiva y globalmente (Ritzer, 2006: 177-179).



Si bien la globalización y la glocalización merecen ser apoyadas, se deben sostener también esfuerzos para apoyar a lo que emana de lo local, especialmente a los aspectos implicados en la creación de algo, aunque es importante no idealizar lo local. No es que se quiera regresar a un mundo dominado por lo local, porque tanto la globalización como la glocalización han aportado progresos y aparentemente felicidad. Lo que se requiere es un mundo en el que los individuos puedan seguir teniendo la opción de elegir lo local. Un mundo en lo que lo local no haya sido destruido como una alternativa viable por la globalización y la glocalización. El objetivo consiste en el rescate de algunos aspectos de lo local, de modo que las personas puedan efectuar una verdadera elección racional entre lo global y lo glocal (Ritzer, 2006: 283-284).

4. GLOBALIZACIÓN Y ANTROPOLOGÍA

La aproximación que efectúan diversos y notorios antropólogos a la globalización cultural tienen en común su definición como dialéctica entre la homogeneización y la heterogeneización, la centralidad de la experiencia cultural desterritorializada, que redefine la reproducción de las culturas locales y los procesos compensatorios de respuesta local, en orden a afianzar identidades y pertenencias en este nivel de la vida social.

Ninguna ciencia social sabría establecer las características del localismo potenciado por una nueva conciencia global, porque los antropólogos realizaron tradicionalmente sus investigaciones en comunidades locales. A partir de una minuciosa etnografía basada en ámbitos culturales reducidos (Herzfeld, 2002: 86-8).

4.1. García Canclini

Néstor García Canclini parte de una definición de la globalización como “convergencia de procesos económicos, financieros, comunicacionales y migratorios que acentúa la interdependencia entre vastos sectores de muchas sociedades y genera nuevos flujos y estructuras de interconexión supranacional” (1999: 63). Con ella la cultura pierde, en buena medida, su relación con los territorios geográficos y sociales, produciéndose además “ciertas relocalizaciones de las viejas y nuevas producciones simbólicas” (1989: 288). Su visión de la globalización acentúa el carácter segmentario de los procesos de interdependencia mundial; pero se trata de una interdependencia asimétrica, que comprende tanto a procesos de

homogeneización como de fraccionamiento, y que reordena diferencias y desigualdades sin suprimirlas, produciendo fronteras menos vinculadas a los territorios que a los mercados. La globalización unifica e interconecta, pero también manifiesta “su agenda segregadora, la complejidad multidireccional que se forma en los choques e hibridaciones de quienes permanecen diferentes” (1999: 180). Porque:

“Pese a la retórica unificadora, las diferencias históricas y locales persisten, porque los poderes globalizadores son insuficientes para abarcar a todos [...] y la necesidad de los marginados de interrumpir los flujos totalizadores, totalitarios, con afirmaciones de lo propio, con invenciones desglobalizantes” (García Canclini, 1999: 201).

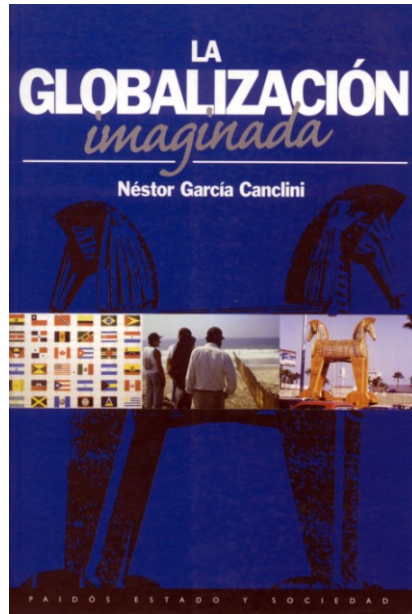
La globalización es el resultado de múltiples movimientos, en parte contradictorios, con dimensiones económicas, financieras, migratorias y comunicacionales; e implicando interacciones complejas e interdependientes entre focos antes dispersos de producción, circulación y consumo; diversas conexiones global-local, relatadas por un conjunto de narrativas parciales. García Canclini entiende la globalización cultural como continuidad, ruptura, interconexión, interculturalidad, hibridación, ductilidad y negociación de la diversidad; como diversas conexiones local-global y local-local (1995: 125, 132; 1999: 46-47). Es decir, los modos en que lo local se reestructura para sobrevivir en un contexto de redes globalizadas de producción y circulación simbólica, y la combinación entre la desterritorialización y la reterritorialización que afirma lo local, entre los intercambios de la simbólica tradicional con los circuitos transnacionales²³. Los flujos e interacciones que caracterizan estos procesos han disminuido fronteras y autonomía de las tradiciones locales, propiciando hibridaciones (2001: 23, 297). Porque los vínculos entre miembros de una comunidad ya no son necesariamente más intensos dentro que fuera de su territorio específico, y aquélla ha dejado de tener la significación principal a la que sus miembros ajuntan sus acciones, se trate de una población campesina o de un Estado nacional (*idem*: 284).

Una de las ideas más interesantes de García Canclini, retomada después por Tomlinson, es la relación existente entre el binomio desterritorialización/ reterritorialización. La primera significa “la pérdida de la relación *natural* de la cultura con los territorios geográficos y sociales (2001: 281), y culturas cada vez más desterritorializadas. Pero su correlato es una cierta relocalización territorial, compleja estrategia mediante las que algunas comunidades locales tratan de establecer signos de identidad, marcas de diferenciación para reconstruir su identidad, a base de viejas y nuevas producciones simbólicas y, en buena medida, de rituales. Lejos de ser un proceso lineal y unívoco, la desterritorialización “se caracteriza por el mismo vaivén dialéctico que la globalización. Donde haya desterritorialización también habrá reterritorialización” (2001 [1990]: 175).

La identidad siempre es una construcción que se relata, una narrativa compuesta por una selección de elementos y construida por una comunidad de acuerdo con su imaginario que remite a acontecimientos fundadores relacionados con la apropiación del territorio y sus límites, sea éste un país, una ciudad o un barrio, con la forma de ser de sus habitantes “para diferenciarse de los otros” y a los discursos y rituales de construcción, y con la escenificación de sus símbolos mediante rituales²⁴ y fiestas (1995: 85, 123; 2001: 17, 183). Dado que la cultura remite a la relación entre dos grupos, y al imaginario en relación con ellos, “porque las relaciones territoriales con lo propio están habitadas por los vínculos con los que residen en otros lugares” (1999: 62). Las identidades basadas en tradiciones locales territorializadas deben reformularse, aunque los impactos de la globalización son menores sobre ellas que en el ámbito económico, y la cultura campesina experimenta una apertura limitada porque su inercia simbólica es más prolongada (1995: 131). Pero, en general, ya no es posible hablar de identidades como conjunto de rasgos ni afirmar identidades puras, auténticas, autosuficientes, autocontenidas y ahistóricas, y es preciso entender la heterogeneidad y cómo se producen las hibridaciones (2001: 17-18).

23. Como la formación de comunidades translocales o transnacionales. GARCÍA CANCLINI pone como ejemplo a los oriundos de Aguillilla (Michoacán), que residen o pasan periodos en *Silicon Valley*, pero que conservan relaciones profundas con su pueblo, formando una comunidad dispersa en varios lugares (2001: 284).

24. Museos y monumentos son nuevos santuarios que contienen los símbolos de la identidad, testimonios de la dominación y apropiación del espacio territorial, y en ellos se ritualiza el patrimonio organizando estos hechos por referencia a un orden trascendente. Rituales que sancionan, de modo simbólico, las distinciones establecidas, con “el fin de integrar a quienes los comparten y de separar a los que rechaza” (GARCÍA CANCLINI, 2001: 185).



Porque García Canclini prefiere hablar de hibridación que de globalización para hablar de las mezclas interculturales modernas. Cree que estas formas de construcción híbrida son más adecuadas para definir la interacción entre actores modernos en condiciones de globalización que las tradicionales (mestizaje, sincretismo, creolización). “Esta variabilidad de regímenes de pertenencias desafía una vez más al pensamiento binario, a cualquier intento de ordenar el mundo en identidades puras y oposiciones simples”. La hibridación lleva a relativizar la noción absoluta de identidad y “pone en evidencia el riesgo de delimitar identidades locales autocontenidas, o que intenten afirmarse como radicalmente opuestas a la sociedad nacional o a la globalización” (2001: 17, 22-25). Aunque, a pesar de los referentes de esta heterogeneidad social y multicultural.

“De todos modos necesitamos definir identidades, ver quiénes somos; necesitamos *arraigos* en territorios por más desterritorializada que esté la sociedad contemporánea; necesitamos referirnos a indicadores de pertenencia que nos den seguridad afectiva sobre los grupos con los que podemos relacionarnos, con los que podemos entendernos. De manera que la identidad no desaparece como problema, como ámbito donde la reflexión es necesaria” (García Canclini, 1997: 81).

Lo cultural, lo imaginario es un componente que ocupa un lugar central a la hora de definir la globalización. Conectando la heterogeneidad multicultural con los procesos globalizadores, y que es capaz de insertar la diversidad inherente a las producciones culturales locales en el espacio global (Hernández i Martí, 2002: 162-172; 2005 a: 38-40).

4.2. Appadurai: producción de localidad

Pero quizás la aportación de mayor interés para entender las nociones de localidad y de identidad local, en el contexto de la globalización, y a través de representaciones y rituales sea la de A. Appadurai, no en vano etiquetada como “producción de localidad”, que amplía la concepción de Robertson sobre culturas glociales. La producción de lo local trata de afirmar la identidad de la comunidad para contrarrestar influencias externas.

Appadurai introduce un novedoso concepto de la globalización y de sus dimensiones culturales. La globalización se caracteriza por la movilidad de personas, tecnologías, bienes, ideas, imágenes y mensajes. Procesos culturales globales caracterizados por su fluidez. Flujos transnacionales capaces de cuestionar el imaginario estatal-nacional, de sobrepasar las culturas concretas y de transformar los contextos culturales locales. La imaginación es el componente clave del nuevo orden global, potenciado por los medios de comunicación electrónicos y por los movimientos migratorios

El principal problema de la interacción global sería la dicotomía entre homogeneización y heterogeneización cultural, concretada en múltiples escalas de hibridación. Las imágenes

culturales llegan de otras partes, pero se ha exagerado la homogeneización como un proceso irreversible, asociado a la americanización y a la mercantilización. La desterritorialización es una de las ideas fulcrales del mundo moderno. El nexo entre la imaginación y la vida social es cada vez más desterritorializado, pero la reproducción cultural se inscribe en la dialéctica entre lo global y lo local. Porque surgen nuevas comunidades imaginadas que portadoras de resistencia, de novedosas solidaridades y vinculaciones de carácter étnico, religioso, nacionalista, fundamentalista, sincrético, de nuevas comunidades residenciales localizadas que aseguran a los individuos localmente ubicados otros mundos posibles, reafirmando el poder de las identidades y las culturas locales, si bien redefinidas necesariamente en clave global. Porque ya no estamos frente a espacios estables sino flexibles y cambiantes, por lo que la idea de frontera se vuelve deslizante y porosa. La idea, propia de la antropología clásica, de que un lugar concebido como unidad espacial, social y cultural, con un sentido nativista de pertenencia no deja de ser un constructo que, o bien nunca ha existido o que desaparece rápidamente (Appadurai, 1999 [1990], 1999 [1996]): 56-57; 2004: 11-24, 49-64; Hernández i Martí, 2005: 35-37).

El concepto de producción de localidad es definido como “una estructura del sentir, una dimensión de la vida social y una ideología de comunidad localizada” (Appadurai, 1995: 213; 1999 [1996]: 110). La localidad es un hecho social intrínsecamente frágil, algo más relacional que espacial, una compleja cualidad fenomenológica que se expresa a través de ciertos tipos de acción y reproducción y que produce efectos de tipo material (2004: 238, 243). La producción de localidad es un sistema de representaciones culturales y de prácticas cotidianas, entre las que destaca la de cultura local concebida como patrimonio. Representaciones que conforman una ideología de lo local, que configuran la conciencia de pertenencia, y que constituyen un lenguaje para expresar solidaridad, oposición, resistencia y conflicto. Dicha producción es una respuesta de la población local a los desafíos y oportunidades de las fuerzas externas, de la que participan sus habitantes e incluso forasteros. La producción cultural de lo local tiene lugar en un mundo desterritorializado y transnacional, con grupos de emigrantes que reconstruyen sus proyectos étnicos en nuevas localidades. En este contexto global y poroso –cualificado por la circulación de gente, objetos y símbolos– se da un isomorfismo entre pueblo, territorio, imaginario y soberanía.

La producción de localidad implica que “el propio espacio y tiempo sean socializados y localizados mediante prácticas complejas y deliberadas de actuación, representación y acción” (Appadurai, 2004: 240). Lo local adquiere un carácter relacional y contextual, donde espacio y tiempo son socialmente construidos por los “sujetos locales” mediante prácticas y rituales. Prácticas rituales de tipo espacio-temporal o cosmológico, garantizan la reproducción continua –tanto práctica como discursiva– de los espacios y tiempos locales, y que sirven –entre otras cosas– “para demarcar apropiadamente límites (domésticos y comunales)” (2004: 240-241). Las identidades de grupo deben considerarse como formas producidas y delimitadas contextualmente.

La *localidad* es una dimensión o propiedad de la vida social “siempre emergente de prácticas de sujetos locales en barrios específicos” (*idem*: 263). Es un mundo relativamente conocido, en el que sus miembros comparten también lugares y espacios colectivamente, con continuidades y pertenencias más apremiantes que las del Estado-nación (1999: 111). Desechando términos como lugar, sitio o local para designar formas singulares de localidad (espacial y/o virtual), es decir localidades efectivamente existentes. Para no generar confusión con el sentido mentado de *localidad*, elige al efecto el término de *barrio*, advirtiendo que puede servir para designar imágenes como comunidad o zona fronteriza, todas ellas caracterizadas por su realidad empírica, espacial o virtual, y por su potencial de reproducción social. Esta noción “también tiene la virtud de sugerir sociabilidad, inmediatez y reproductibilidad sin implicar necesariamente escala, modos específicos de conexión, homogeneidad interna y fronteras definidas” (*idem*: 238, 268). Connotaciones que sitúan al concepto de *barrio*, para Appadurai, como sinónimo de comunidad local.

Los barrios o vecindarios, al igual que la otras formas de localidad, incluso virtuales y mediáticas, “son intrínsecamente lo que son porque se oponen a otra cosa y derivan de otros barrios ya producidos” (2004: 243). En la naturaleza de la vida local está el contraste con otras localidades, en un contexto de otredad (espacial, social y técnica). Los complejos nexos interlocales y la movilidad humana crean diferentes formas de translocalidades, como las

existentes en las zonas fronterizas, los asentamientos turísticos o los de grupos especializados de trabajadores, algunos en constante movimiento (1999 [1996]: 111-112). Muchos rituales apuntalan la fragilidad material intrínseca en la producción y manutención de una localidad, mediante artificios del imaginario territorial. La desterritorialización engendra diversas formas de reterritorialización, entre ellas el de la comunidad residencial basado en un imaginario de autonomía local (*idem*: 121).

Aunque este constructo que es la localidad, pura estructura de sentimientos, será intrínsecamente frágil e inestable, “atravesada por contradicciones, desestabilizada por el movimiento humano (migraciones) y deslocalizada por la formación de nuevos tipos de barrio virtual” (2004: 262). Teorizar la relación entre lo local y lo global, tarea siempre compleja, se vuelve más difícil que nunca en el contexto de la globalización.

Desterritorialización implica la transformación del lugar en un espacio no definido territorialmente y potencialmente global y disperso, como base de la reproducción cultural e identitaria. Si se difumina el peso específico del territorio como elemento determinante de la conformación de criterios de pertenencia, se expanden por el contrario cualidades más simbólicas, depositarias de la esencia identitaria colectiva. La desterritorialización es una de las fuerzas básicas del mundo moderno, aunque la globalización de la cultura no es lo mismo que su homogeneidad (1999: 324).

Este concepto de producción de la localidad recuerda al discurso de Cohen (1985) sobre la construcción simbólica de la comunidad local, puesto que ambos se refieren al proceso de producción y reproducción de un grupo local vinculado por estrechos lazos simbólicos y efectivas prácticas rituales que conducen al fortalecimiento de su identidad.

5. GLOBALIZACIÓN Y LOCALIDAD: IMPACTOS Y RESPUESTAS

Tras el examen de los discursos de diferentes autores, se impone una breve recapitulación a modo de conclusiones; con respecto a la capacidad de las instancias territoriales de tipo local para generar identidad –y diferencia– en el contexto de la globalización. Conceptos tales como desanclaje, compresión espacio-temporal, espacios de los flujos y de los territorios, no-lugares, deslocalización, desterritorialización, denotan que priorizan el análisis de la dimensión espacial de la globalización y su impacto sobre la esfera local, planteando nuevas coordenadas para las identidades propias de este nivel. Todas estas visiones priman una lectura de creciente abstracción y universalización, que implica la disociación de la práctica social con respecto al escenario local de presencia interpersonal, y predicen el fin de los espacios locales en tanto que marcos relevantes de estructuración social. Pero tienden a absolutizar dimensiones o formas sociales emergentes, enunciadas a nivel macrosocial, ignorando la complejidad de sus relaciones con los contextos de interacción local y sus formas simbólicas persistentes²⁵. Complejidad apuntada por otros autores que evitan tales simplificaciones. Así, Beck denomina “topopoligamia” a la situación en la que un individuo ya no se encuentra ligado a un único lugar, sino a muchos²⁶, pero no deslocalizado (1998: 109-115). La globalización impone las constantes dominantes de referencia espacial, socava la importancia de la acción presencial pero suscita respuestas por parte de las prácticas locales; porque no significa homogeneización cultural, sino un complejo proceso de glocalización (Hernández i Martí, 2002: 169-172; 2005 a: 112-117 y 147-151; 2005 b: 126-134; Barañano, 1999: 125-129, 2005: 433-435).

La nostalgia producida por el sentimiento de deslocalización y desenraizamiento locales inducida por los procesos de globalización es capaz de impulsar una respuesta de reconstrucción y reinención de la localidad. Incluso los Estados-nación, menoscabados por estos mismos procesos, defienden sus identidades colectivas tomando en consideración las diferencias étnicas y regionales de ámbito más local. Porque:

"Con o pós-modernismo, assiste-se ao ressurgimento de formas vernáculas e de representação, combinadas, de forma lúdica, com o uso do *pastiche* e de colagens de estilos e tradições. Em suma, estamos perante um retorno às culturas locais, com uma ênfase especial na noção

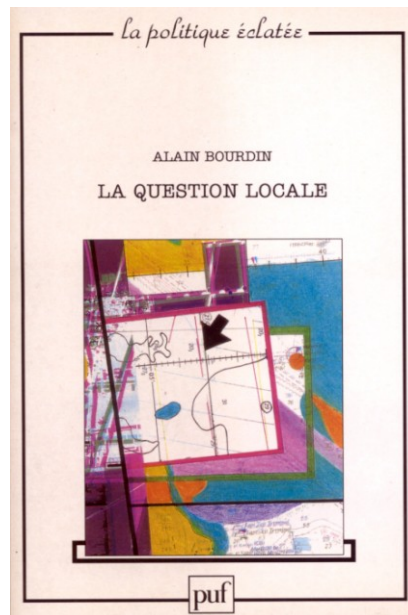
25. Este tipo de aseveraciones recuerdan a las dicotomías de tipos ideales de formas sociales, propias de la sociología decimonónica y sus escuelas, tales como la de sociedad/comunidad.

26. Escenario de movilidad opcional característico de las élites, mientras que para las clases populares la desterritorialización se traduce en inclusiva, entre el Escila del “parroquialismo comunitarista” y el Caribdis del “universalismo indiferenciador de una globalización homogeneizadora” (*cf.* HAESBAERT, 2001: 140-141).

de culturas locais no plural, assim como no ipso de estas poderem ser comparadas entre si, sem quaisquer distinções hierárquicas" (Featherstone, 1997: 95).

5.1. Dialéctica global-local

Esta perspectiva supone, frente a los planteamientos hiperglobalistas, abandonar la idea de que el ascenso del proceso globalizador implica el declive de lo local. Este proceso no implica homogeneización cultural, porque su impacto e interrelación profunda con el ámbito local se concreta en la integración dialéctica de lo local y lo global, de lo universal y lo particular, de lo homogéneo y lo heterogéneo. Lo global no se contrapone a lo local, sino que lo local para seguir existiendo debe hacerlo en referencia a muchos parámetros globales y tiene que redimensionarse para asumirlos. Esta dialéctica se concreta en el concepto de glocalización, un proceso lleno de contradicciones, tanto por sus contenidos como por sus consecuencias.



La globalización no es un proceso unidimensional, ni desde un punto de vista económico y pragmático, ni desde una perspectiva político-social. De modo simultáneo se multiplican los espacios globales y los espacios locales, con la interpenetración de sus dimensiones. Por otra parte, si la globalización puede adquirir el carácter de una mundialización regionalizada, lo local –gracias a las tecnologías de la información y de la comunicación– puede mundializarse a partir de un lugar de origen concreto. Muchas organizaciones son, al mismo tiempo, globales y locales, centralizadas en algunos aspectos y descentralizadas en otros, al igual que las estrategias de mercadotecnia. De ahí que pueda hablarse de la dialéctica global-local: de glocalización.

Esta perspectiva consigue dar cuenta, además, de la interacción entre acciones próximas con las distantes, de la movilidad geográfica y del reanclaje territorial; y, además, tanto de la producción global de lo local como de la participación de los espacios locales en la configuración de los flujos globales. Lo global transforma la experiencia vivida a nivel local, pero también se dan respuestas construidas por los agentes a partir de este nivel para salvaguardar la autonomía e identidad diferenciada de las localidades. Lo global se manifiesta como un contexto de reconstrucción de lo local, pero también lo local replica y actúa como espacio de redefinición sobre la esfera global, dando lugar a escenarios híbridos. Aunque en última instancia el polo dominante de esta dialéctica es el global. La relocalización no significa el renacimiento de lo local en términos de tradicionalismo, pues varía el marco referencial en el que debe mostrarse la importancia de lo local" (Beck, 1998: 76). Lo que se produce es un renacimiento no tradicionalista de lo local, con particularidades locales que se translocalizan en un marco global. La localidad contemporánea es plural, reflexiva e inestable, pero no por ello

menos importante, con pertenencias de geometrías variables más allá del vecindario clásico (Bourdin, 2000: 232).

El surgimiento de culturas globales va parejo con la afirmación de identidades locales, casi siempre reactivas. La cultura puede ser, simultáneamente, global y local. Porque incluso los procesos de reafirmación cultural e identitaria no están reñidos con el contexto global y con el uso instrumental de elementos que sí están globalizados. Pero, frente a quienes postulan que vivimos ya o que vamos hacia una única cultura mundial e identidad planetaria, es preciso constatar que “vivimos también una época de reafirmación, a veces espectacular, de los referentes culturales de las identidades colectivas diferenciadas, que se cargan de valor simbólico quizá como nunca anteriormente” (Moreno, 2005: 75). Las resistencias locales ponen límites al desanclaje, recurriendo incluso a tácticas como la hibridación, el pastiche y el zapping sociocultural, adaptando la globalidad a las estructuras locales, porque: “las reconversiones de la localidad dejan de ser un efecto mecánico de tendencias globales: se ajustan a ellas según su propia lógica” (Cruces, 1997: 54). Estamos ante un contexto de diversificación de las entidades locales; ni de lugares pequeños y cerrados ni de desapego de los mismos, sino de lugares flexibles, móviles y abiertos, soporte de pertenencias múltiples (Bourdin, 2000: 80).

5.2. Desterritorialización y reterritorialización

Estas variables están, desde su dimensión cultural, en estrecha relación con la precedente, en cuanto la influencia de la modernidad globalizada se traduce en procesos de desanclaje de la cultura con respecto a los territorios locales, más la proliferación de experiencias culturales translocalizadas, con la consiguiente erosión de los vínculos entre la cultura, el territorio y el lugar, de patrones de comportamiento cultural y estilos de vida similares en lugares diferentes. Cabe preguntar si asistimos al fin del espacio de los lugares, capaces de generar una identidad propia y específica para quienes los habitan. Cambios que afectan tanto al imaginario como a la cotidianeidad, a cómo se experimentan y construyen en una instancia local hibridada las experiencias culturales de los individuos, cuyo lugar de nacimiento y de residencia siguen siendo una base –sólida pero no única– de su identidad. El concepto de lugar es polivalente en la sociedad globalizada, y su contenido ambiguo, “a caballo entre la alusión a una posición en el espacio físico y a una comunidad basada en la cultura local, tal y como sucedía con su acepción tradicional” (Barañano, 1999: 128). Pero, más allá de diferencias semánticas, el lugar continúa siendo importante para la vida cotidiana de las personas, que es un asunto local. Por lo que los cambios suscitan, a su vez, estrategias de reapropiación cultural e identitaria de los lugares (reterritorialización) en el contexto de la glocalización.

Los flujos globales asumen un papel cada vez más relevante en la nueva articulación espacio-temporal, pero las tendencias de desterritorialización suscitan procesos de reapropiación del espacio de los lugares. La presunta globalización homogeneizadora cataliza una fragmentación a partir de territorios de fuerte connotación identitaria, y con ella una reterritorialización radical. A partir de la carga identitaria y simbólica de las “comunidades imaginadas”, se reinventan símbolos e identidades locales o nacionales, a partir de un sustrato tradicional o simplemente *ex-novo* (Haesbaert, 2001: 130-132). Porque la homogeneización promueve respuestas de diferenciación, de afirmación de identidades culturales entre las que está la del patrimonio cultural local. Rearticulaciones de lo local que llevan impresa la impronta de lo global, dando tipo a síntesis y pastiches híbridos y siempre diferentes (Cruces, 1997: 45). A la homogeneización y el individualismo se oponen la producción de identidad y de afirmación comunitaria. Como afirma S. Hall: “cuanto más profundas son las tendencias de universalización, mayor es la pretensión de los pueblos particulares, grupos étnicos o determinados segmentos de la sociedad, por reafirmar sus diferencias y permanecer más pegados a su localidad” (1991: 28).

Desterritorialización significa la pérdida de relevancia de los territorios bien delimitados y mutuamente excluyentes, en beneficio de multiterritorialidades, es decir “territorialidades más abiertas y menos excluyentes”, superadoras de los entornos locales. Una glocalización híbrida que, actuando como vehículo de incorporación de heterogeneidad, “permite pensar en una superposición de territorios en una territorialidad multiescalar con varias formas de inserción en

los circuitos de la globalización”. Las nuevas identidades transterritoriales²⁷, fruto de la dialéctica de la glocalización, no son identidades a-territoriales; y, por otra parte, tampoco es cierto que las identidades territoriales y entornos locales más tradicionales estén desapareciendo, sino más bien reformulándose. El territorio no desaparece, sino que están surgiendo nuevas formas de territorios, más fundamentados en premisas simbólicas, y se produce un debilitamiento de la mediación espacial de las relaciones sociales (Haesbaert, 1999: 171, 185; 2001: 134-139). Solo las elites globales se liberan de constricciones locales, sumergiéndose en movi­lidades supraterritoriales, proclamando una cultura híbrida, cuya identidad consiste en el hecho de no pertenecer, de hacer caso omiso de las fronteras que limitan movilidad y posibilidades de elección (Bauman, 2006: 44; 2010 [1998]: 157).

En definitiva, la desterritorialización es el sino privilegiado de la globalización, del debilitamiento de los Estados-nación; lo cual no impide el resurgimiento de las identidades locales, en forma de reterritorialización y aparición en el escenario global de las identidades y las culturas locales, a menudo subestimadas, mediante la hibridación. Lo local está globalizado, en mayor o menor medida, pero también lo global “glocalizado”, surgiendo una simbiosis híbrida de ambas categorías (Rosas, 1993: 82-85). La supuesta homogeneización cultural produce la respuesta de las culturas locales; y se hace preciso reconocer los complejos procesos de hibridación y de resistencia cultural. En primer lugar, la producción cultural global se localiza y, en segundo, la cultura global es percibida en ámbitos locales que configuran la plataforma vivencial de millones de personas en todo el planeta.

5.3. Destradicionalización y retradicionalización

La globalización también implica una aceleración del proceso de destradicionalización inherente a la modernidad avanzada. Pero también pone en marcha procesos reactivos de retradicionalización; que, a escala local implican mecanismo compensatorios de revitalización identitaria, recuperación o de re-inven­ción de tradiciones instrumentalizadas al efecto. Mecanismos en los que las fiestas populares desempeñan, como ya hemos visto, un papel capital.

6. GLOBALIZACIÓN Y TERRITORIOS LOCALES

Algunos estudiosos de la globalización constatan la interdependencia del mundo contemporáneo, el aumento de la diversidad y de la movilidad, y la ruptura de sus fronteras territoriales –incluidas las locales– que no permiten discernir las unidades locales –pueblos, barrios, vecindarios– como autocontenidos y aislados, pronosticando una irremediable homogeneidad, y proclamando la desaparición de las comunidades primordiales y de las identidades locales. Sin embargo, otros postulan que en la globalización la tradición, sus territorios locales e identidades correspondientes no sólo no desaparecen sino que se revitalizan. Analizaremos algunos de estos postulados, hasta desembocar en las estrategias de reconstrucción de estas identidades mediante rituales festivos.

6.1. Giménez: globalización, territorios y construcción de identidades locales

Un modelo analítico, también de corte simbólico, aunque sin duda más fecundo para el estudio de los territorios y las identidades locales en el contexto de la globalización, es el formulado por el sociólogo Gilberto Giménez. A su comprensión de los postulados de las teorías de la globalización, asocia estudios aplicados al análisis de la cultura popular y de la religión (1978), a partir de la inscripción de los ámbitos locales en la modernidad, así como de la fundamentación simbólica de las identidades²⁸. Desde una perspectiva macrosociológica de la globalización, inscribe en este proceso el nivel micro de las culturas y las identidades locales, que él mismo estudiara a partir de los rituales festivos y la religiosidad popular en uno de estos territorios, el Anáhuac mexicano.

27. Como las diásporas o redes de emigrantes que comparten la experiencia multiterritorial del mundo contemporáneo, con una fuerte carga simbólica. O la multiterritorialidad al compartirse más de un territorio.

28. GIMÉNEZ entiende que la identidad, como sentido de pertenencia a un grupo, se fundamenta en el hecho de compartir un universo simbólico común, una representación colectiva del nosotros, de los otros y de su interrelación. Identidad que puede tener connotaciones territoriales, o asentarse en otras variables (1987).

Los procesos de globalización, según Giménez, implican la desterritorialización de amplios sectores de las relaciones sociales, que se convierten en supraterritoriales, en flujos y redes desvinculados de toda lógica en términos de lugares y fronteras. Su aspecto cultural se relaciona con creciente interconexión de todas las culturas, con un flujo de signos y símbolos a escala mundial²⁹, y su redefinición en el ámbito urbano, a expensas de las culturas rurales tradicionales (2003: 1, 3). A diferencia de las instancias económica y financiera, de “globalización fuerte”, la de la cultura es una “globalización débil”. No se puede hablar de una cultura popular global, homogénea e integrada³⁰, ni tampoco plural, fragmentada y descentralizada. Esto tiene un gran impacto sobre la construcción de identidades colectivas, en cuanto interiorización de una matriz cultural, por lo que tampoco se da la posibilidad de configurar identidades globales (*idem*: 2000: 38, 45; 2003: 19-21).

El escenario global, el panorama de la cultura es más bien “una inmensa pluralidad de culturas locales crecientemente interconectadas entre sí”, y adjetivables como populares (2000: 38); además de flujos culturales sin una clara vinculación con un determinado territorio. A nivel de consumo, la cultura popular siempre tiene un significado local y contextual. Por lo tanto, en el panorama global, siguen contando las identidades, religiones y culturas de ámbito nacional y/o local (2003: 42-45).

La globalización, que se asocia con cierto grado de desterritorialización, genera una territorialidad de vocación mundial. Constituye una nueva forma de apropiación del espacio, que se superpone a modos tradicionales de construcción territorial, como son la localidad y los Estados-naciones, neutralizando sus efectos restrictivos (2001: 8). Porque el territorio es, siempre, un espacio apropiado de naturaleza multiescalar: local, regional, nacional, plurinacional. Un espacio siempre escaso y objeto de disputa entre diferentes grupos, y por tanto sujeto a operaciones de delimitación de fronteras, y de jerarquización de puntos nodales. Su dimensión cultural es capital para entender fenómenos como el arraigo, el apego y el sentimiento de pertenencia local, que fundamentan identidades sociales donde la dimensión territorial caracteriza de modo relevante la estructura misma de la colectividad y de los roles asumidos por los actores (1999: 35). El nivel local –barrio, pueblo o municipio– es especialmente objeto de afección y apego, de sociabilidad y celebraciones rituales que suscitan –en la vida cotidiana y en la excepcionalidad festiva– sentimientos de identidad. Porque el territorio se construye cuando al espacio:

“[...] se le considera lugar de inscripción de una historia o de una tradición, la tierra de los antepasados, recinto sagrado, repertorio de geosímbolos, reserva ecológica, bien ambiental, patrimonio revalorizado, solar nativo, paisaje al natural, símbolo metonímico de la comunidad o referente de la identidad de un grupo, se está destacando el polo simbólico-cultural de la apropiación del espacio” (2001: 7).

Giménez explicita cómo, a partir de las teorías de la globalización, y de su corolario de desterritorialización, se ha pronosticado la supresión de los diferencias culturales y “la muerte por asfixia de los particularismos locales”, en aras a la emergencia de un mercado transnacional y de solidaridades sin territorio; hasta tornar “obsoleta la idea de una comunidad local con fronteras claras”. Pese a ello, numerosos economistas, historiadores y sociólogos – entre los que se cuenta él mismo– postulan la plena vigencia de los territorios de diferentes escalas interiores –local, regional, nacional–, “con sus lógicas diferenciales y específicas”, aun cuando sobredeterminados por la globalización (1999: 25-26; 1996: 9-10). Un espacio apropiado y valorizado, simbólica e instrumentalmente, por grupos humanos, y convertido en territorio cultural por características de este tipo superpuestas a las geográficas. Un territorio identitario –local, regional o nacional–, caracterizado por el papel primordial de la vivencia y el arraigo, y contrapuesto a los vastos territorios de la globalización. Con su nivel más básico en las diferentes escalas de lo local: barrio, aldea o pueblo, comarca o ciudad (1996: 10-12; 1999: 31). Un territorio reivindicado por diferentes neolocalismos identitarios, que revalorizan “el entorno rural, la naturaleza salvaje, las pequeñas localidades y las comunidades vecinales urbanas” (1996: 25; 1999: 38).

29. Aunque hay que descartar la idea de una identidad global, ya que no existe una cultura global que pueda sustentarla, ni símbolos comunes que puedan expresarla, ni otredad con la que pueda confrontarse (GIMÉNEZ, 2003: 19).

30. Ni bajo una forma unitaria y estandarizada, ni bajo una forma multicultural (GIMÉNEZ, 2000: 42; 2003: 21).

El territorio es un espacio construido por la cultura y de inscripción de la misma, con peculiares rasgos distintivos, entre los que están las fiestas temáticas y las del ciclo anual. Constituido como símbolo de pertenencia socioterritorial y de apego afectivo, de modo que la desterritorialización física no implica automáticamente otra en términos simbólicos y subjetivos (1996: 14-15, 25; 1999: 34). Sobre esos sentimientos de pertenencia y la adhesión compartida al complejo simbólico se fundamentan, en buena media, las identidades colectivas de referente territorial, entre ellas las de nivel local. Porque “el territorio desempeña un papel simbólico relevante en el contexto de la acción y de las relaciones humanas”, es por lo que puede ser objeto de topofilia y suscitar sentimientos de pertenencia, como los de nivel local que aquí nos interesan (1996: 24; 1999: 35). El impacto de la globalización no cancela este apego afectivo, sino que lo revaloriza convirtiéndolo en patrimonio cultural.

El territorio regional y local, aunque más cercano y visible para los agentes sociales que comunidades imaginadas de ámbito superior, también precisa particularidades simbólicas, a referentes simbólicos que susciten identidad, más allá de las dimensiones estructurales del territorio (ecológica, económica, urbanística³¹, demográfica y política). Particularidades que evocan referentes patrimoniales: históricas, folklóricas, alimentarias, el panteón de figuras ilustres, los estereotipos caracteriales; pero la simbólica de los territorios locales también comprende “las fiestas, las grandes ferias, los mercados y los centros regionales de peregrinación [...], las celebraciones y festividades” (1994: 169). Estos símbolos territoriales, interiorizados, representan la identidad correspondiente, una identificación o sentimiento de pertenencia que implica cierto grado de compromisos efectivos, aun cuando ni es unívoco “ni anula la posibilidad de la oposición y del disenso” (*idem*: 169-172).

Persisten identidades socioterritoriales, aunque adaptadas a nuevas configuraciones. Porque el territorio ha perdido su carácter totalizante, y ya no es un referente unívoco de pertenencias sociales y relaciones culturales, como en las comunidades locales de la sociedad tradicional. En la globalidad cultural la identidad territorial coexiste con otras múltiples, sucediendo que “localismos premodernos y neo-localismos modernos [...] coexisten, sin contradicción alguna, con las orientaciones cosmopolitas de tipo urbano” (1996: 24). Surgen renovadas formas de neolocalismo, como respuestas adaptativas a este contexto. La cultura local no se disuelve, sino que se transforma adaptándose, y la identidad de este nivel “se recompone, se redefine y se readapta, pero sobre la base de conservar lo esencial de la antigua identidad y de la matriz cultural que le sirve de soporte” (*idem*: 25).

6.2. Identidades locales defensivas en la dialéctica de la glocalización

Las identidades surgen como un proceso de construcción de sentido a partir de un atributo cultural o un conjunto de atributos, mediante un proceso de individualización, y constituyen fuentes de sentido para los propios actores, que las priorizan sobre el resto de fuentes de sentido; construcción que se hace a partir de materiales de la “historia, geografía, biología, instituciones productivas y reproductivas, memoria colectiva y fantasías personales, aparatos de poder y revelaciones religiosas” (Castells, 1998, II: 28, 29). La construcción de la identidad es procesual y en constante redefinición, porque: “La formación de la identidad cambia en un mundo global porque la sociedad red se basa en la disyunción sistemática de lo local y lo global para la mayoría de los individuos y grupos sociales” (Castells, 1998, II: 33).

El nuevo escenario de la globalización conlleva la transformación de los territorios que hasta hace poco actuaron como conformadores unívocos de identidad, entre ellos el local. La sociedad red pone en tela de juicio los procesos de construcción de las identidades, y esta sociedad se caracteriza por la oposición entre globalización e identidad, surgiendo “una marejada de vigorosas expresiones de identidad colectiva que desafían la globalización y el cosmopolitismo en nombre de la singularidad plural y del control de la gente sobre sus vidas y entornos³²” (Castells, 1998, II: 24); es decir, una dialéctica entre la globalización y estos neo-localismos.

Porque la mundialización provoca, como reacción, un reforzamiento de la necesidad de identidad, convertida en una “fuente de sentimiento y experiencia para la gente” (1997, I: 28),

31. Para algún autor, el efecto más neto del “nuevo globalismo” es el de la gentrificación generalizada como estrategia urbana global y neoliberal (SMITH, 2015 [2002]).

32. El localismo puede y debe leerse como la expresión de una resistencia obstinada frente a la globalización.

un sentimiento de pertenencia. Una gente que se ha socializado en su entorno local, que se resiste al proceso de individualización y atomización social, y que “tiende a agruparse en organizaciones territoriales que generan un sentimiento de pertenencia” (*idem*: 83), y la comunidad local desempeña un importante papel entre estas fuentes de significado. Por lo que, contra todo pronóstico, lo local lejos de haberse agotado se revivifica, reinventándose tradiciones y rituales perfectamente articulados en la modernidad; altamente instrumentales a modo de estrategias de invención o reinención de identidades territoriales de ámbito local que, como, son construidas. Porque, pese a la creciente desterritorialización “las comunidades locales, mediante la acción colectiva y conservadas mediante la memoria colectiva, son fuentes específicas de identidades” (*idem*: 87-88), fuentes de sentido para los propios actores, entendiendo por sentido “la identificación simbólica que realiza un actor social del objetivo de su acción” (*idem*: 29).

La paradoja es que en esta supuesta integración cultural, las sociedades cada vez son más plurales en su cultura y en su composición étnica. Precisamente para evitar el potencial desintegrador de tribalismos locales será preciso respetar las diferencias salvaguardando la comunicación entre individuos y culturas³³.

“En un mundo de globalización de la comunicación es esencial el mantenimiento de identidades culturales diferenciadas a fin de estimular el sentido de pertenencia cotidiana a una sociedad concreta. Frente a la hegemonía de valores universalistas, la defensa y construcción del particularismo con base territorial es un elemento básico de significado de la sociedad para los individuos” (Borja y Castells, 1997: 15-16).

Se trata de respuestas del imaginario, y de su expresión ritual, en orden a identificarse con comunidades locales y símbolos para recrear identidades locales defensivas. Porque la identidad, el sentido de pertenencia a un grupo, se desarrolla sobre la base de compartir un universo simbólico común, una representación colectiva que estructura las relaciones entre nosotros y los otros. Aunque también pertenece al ámbito de las prácticas sociales. Y aquí la reproducción de estas identidades a través del síndrome festivo, que conjuga el despliegue de símbolos y la acción ritual, desempeña un papel capital. A través del mismo, los actores sociales construyen y reconstruyen sentido social, satisfacen la necesidad de dar sentido social a la acción humana en este microuniverso que es la vida local.

Con la globalización las identidades locales, lejos de haberse disuelto, se han revitalizado en las décadas de los ochenta y noventa, como fruto de un repliegue sobre lo cercano, conocido y local, de modo reactivo o defensivo; inscribiéndose en un movimiento más general de reactivación de identidades territoriales y/o particularistas, articuladas éstas en torno a variables como la edad, el sexo, la raza o el origen. Nos interesan las nucleadas en torno al territorio, y más específicamente las locales, en cuanto centrales para nuestro análisis de ellas y su construcción mediante rituales festivos. Tal recuperación se inscribe en la búsqueda de sentido ante el reto que supone la difuminación de fronteras físicas y territoriales impuesto por la globalización, como estrategia defensiva para revitalizar sentimientos de pertenencia y, en definitiva, para la reconstrucción de identidades locales en este nuevo contexto. Se trata de identidades defensivas, en cierto modo similares a esas identidades de resistencia de las que habla Castells, en relación a las que, de nuevo cuño, pretenden impulsar la transformación de la estructura social. Porque, en sociedades cada vez más multiculturales, en lugar de la integración global de todas ellas lo que se ha producido es un resurgir de las diferentes identidades particularistas ante la sensación de disolución que supone la globalización; cuya reactivación se ve impulsada por el proceso de globalización, como necesidad de reafirmación de los individuos y de los grupos.

En estas últimas décadas, y a partir de distintas pero convergentes miradas disciplinares, se ha estudiado la relación entre los usos del espacio y las demarcaciones físicas y simbólicas; esto es, la relación dialéctica entre los territorios definidos material y simbólicamente y las prácticas de los distintos sujetos (individuales y colectivos) que conviven en la localidad. Analizándose la constitución y la transgresión de territorios y fronteras y, consiguientemente, el proceso de fragmentación y reconstrucción de identidades locales, la producción y

33. “En un mundo de globalización de la comunicación es esencial el mantenimiento de identidades culturales diferenciadas a fin de estimular el sentido de pertenencia cotidiana a una sociedad concreta. Frente a la hegemonía de valores universalistas, la defensa y construcción del particularismo con base territorial es un elemento básico de significado de la sociedad para los individuos” (BORJA y CASTELLS, 1997; 15-16).

reproducción de fronteras materiales y simbólicas, y la potencial labilidad de dichas fronteras de resistencia.

Stuart Hall, tras constatar la conectividad inherente a la globalización, y el efecto de separación entre espacio y lugar, con la desvinculación de las identidades a los niveles de tiempo, historia y tradición, reconoce efectos reactivos en la tensión entre lo global y lo local, en la identidad local como síntesis de esta dialéctica, afirmando que: “nuestras propias identidades están cortadas por la intersección de las particularidades locales y las fuerzas globales”, coexistiendo identidades globales con otras de resistencia y con nuevas identidades pluriculturales, transterritoriales, discontinuas, fragmentarias y/o superpuestas. Porque: “la vuelta a lo local es a menudo una respuesta a la globalización” (Hall, en King *et al.*, 1995: 24 y 33), y que en lugar de pensar lo global como sustituyendo a lo local, es preciso pensar la nueva articulación entre global y local. En la modernidad persisten formas particularistas de vínculos de pertenencia (2003: 76-77). Algunas identidades gravitan en torno a la tradición, tratando de recuperar purezas y certidumbres cuestionadas. El propio proceso de globalización puede inducir el fortalecimiento de las identidades locales y/o el surgimiento de otras nuevas, por ejemplo como reacción defensiva de grupos étnicos que se sienten amenazados por la presencia de otras culturas, en un escenario dominado por las culturas híbridas (*idem*: 84-85, 89). Para Z. Bauman, a partir de símbolos culturales aislados del entramado global, se tejen identidades de diversa índole, cuyo “modo de elección se decide a nivel local o comunitario para asegurar nuevos distintivos simbólicos para las identidades extinguidas y resucitadas, o reinventadas o hasta ahora solamente postuladas”. La comunidad, redescubierta por sus admiradores, no es el antídoto de la globalización, sino una de sus inevitables secuelas, “producto y condición al mismo tiempo” (Beck, 1998: 87).

Autores como Ch. Bromberger *et al.* (1989: 144-145) nos hablan de la localidad, así como de la identidad de este grupo social territorializado, en términos de oposición con los de tipo global. La localidad es un lugar de negociación de dos sistemas de representación y de afirmación identitaria. Las prácticas locales actúan como un sistema de signos productores de identidad construida, frente a la identidad impuesta por las estructuras y narrativas globales. Y en ese proceso de re-construcción se utiliza la capacidad generativa de identidad que tienen los ritos tradicionales.

Estos proyectos identitarios y reterritorializadores, “en la mayoría de los casos, son reacciones defensivas contra las imposiciones del desorden global y el cambio de ritmo rápido. Construyen refugios” (Castells, 1998 II: 87-88). La globalización está desencadenando reacciones defensivas, organizado a menudo en torno a los principios de la identidad nacional y territorial (*idem*, 1997 I: 359). Reacciones que, además de las comunas territoriales, comprenden el fundamentalismo religioso y el nacionalismo cultural. Y que reaccionan contra tres amenazas fundamentales: la globalización, que disuelve la autonomía de los espacios sociales donde vive la gente; la interconexión y la flexibilidad, “que difumina los límites de la pertenencia y la participación”; y la crisis de la familia patriarcal, que disuelve los mecanismos de seguridad³⁴.

El resurgimiento de las identidades locales está estrechamente vinculado con la globalización, y con el correlativo debilitamiento de esa instancia intermedia de los Estados-nación. En la escena global aparecen identidades locales, unas negadas por el declive de las tradiciones culturales y otras nuevas³⁵, como consecuencia de la erosión del papel estatal. Como han puesto de relieve análisis multidisciplinares de casos aplicados, la inusitada resurgencia de las identidades locales, con su correlato de desarrollo de sentimientos de pertenencia, es una respuesta al reto desterritorializador del espacio de los flujos; a mayor unificación globalizadora del espacio, mayor fragmentación del imaginario identitario y de la acción localista, aunque cada instancia local sea consciente de la necesaria conexión con otras. Porque en la afirmación de pertenencia a una comunidad local se encuentra la compensación de la disolución que plantea ese nuevo espacio de los flujos. La revancha de lo

34. Por lo que la gente se resiste al proceso de individualización y atomización social, y tiende a agruparse en organizaciones territoriales que, con el tiempo, generan sentimiento de pertenencia y, en última instancia, una identidad cultural y comunal (CASTELLS, 1998 II: 83).

35. Puesto que la identidad colectiva, aunque pueda cristalizar y objetivarse, está sometida en todo momento a la posibilidad de cambio y reelaboración.

local iría aún más lejos, porque sus símbolos y sus metáforas conservan todo su frescor y toda su capacidad de desencadenar nuevos intercambios, ahora más amplios (Herzfeld, 2002: 93).

Incluso las migraciones translocales o transnacionales, que se habían presentado como paradigma de desterritorialización, dan lugar a un escenario más complejo de escalas imbricadas. Emigrantes, pendulares y neorurales conjugan la reactualización de las señas de identidad, símbolos e imaginarios de procedencia con la inserción en los del lugar de acogida, diseñando entramados de hibridación e interpenetración. En cualquier caso:

"[...] el supuesto desapego identitario respecto de los territorios concretos contrasta con la emergencia de identidades transterritoriales, en las que la vinculación real, imaginada y simbólica a una geografía considerada como propia no desaparece, ni se limita a un lugar, sino que se reactualiza cotidianamente incluyendo varias localidades al mismo tiempo, con las que ahora es posible mantener un contacto simultáneo. Estas reactualización se produce ahora en clave translocal [...] Los territorios siguen contando, no sólo en su dimensión material, sino en tanto que espacios vividos, y en relación con todas las escalas involucradas. Pero las formas de enraizamiento en los mismos, características de las sociedades modernas, vigentes hasta hace unas décadas, se trastocan en el contexto de la globalización [...] devienen más plurales, fluidas e inestables, y sobre todo, adoptan modalidades muy diferentes" (Barañano, 2005: 447).

6.3. Patrimonio cultural, rituales festivos y reconstrucción de identidades

Un análisis de los estudios antropológicos sobre los territorios locales –especialmente urbanos– efectuados, en México (Portal y Safa, 2005), así como otros concernientes a diversas autonomías españolas aportan interesantes conclusiones sobre la construcción de identidades locales por medio de activaciones del patrimonio cultural –material e inmaterial–, y particularmente de la revitalización de los rituales festivos en el contexto de la cultura globalizada.

El territorio nunca ha sido un factor dado y estático, sino una configuración espacial compleja. Las comunidades de tipo territorial, urbanas o rurales, ya no pueden ser pensadas ni como comunidades homogéneas, ni como territorios con fronteras claras y definidas. Y es preciso entender cómo se construye hoy el sentido de pertenencia al lugar, sus tradiciones y fiestas locales (*ibid.*, 2005: 43-44). Ciertamente hoy cada actor social se define por la multiplicación de su pertenencia e identificación con grupos de pertenencia o referencia, siendo la local una más entre ellas. Instancia local no como algo dado, sino como proceso de construcción social y cultural. Lo local se estudia más como “invención” y construcción de sentimientos de pertenencia que como estructura objetivable. La reivindicación de identidad local se inscribe hoy en la lucha por la calidad de vida, por la preservación del patrimonio cultural, del paisaje, etc. La identidad local, se usa para la construcción del sentimiento de pertenencia, la representación colectiva de identidades, y la legitimación de prácticas de apropiación del territorio (*ibid.*: 47-49).

Hoy se revitaliza el sentido de pertenencia al lugar, buscando en el anclaje local “la construcción de identidades sociales y personales, frente al desasosiego de un mundo que ha acelerado la dinámica de los cambios” (*ibid.*: 51). Y dicha revitalización se activa, en buena medida, mediante rituales del ciclo festivo anual, que se convierten en ocasiones para restablecer y optimizar redes de solidaridad vecinal. Con todas las aperturas insoslayables, añadiré, a las influencias externas y a la propia complejidad interna del escenario local en tiempos de glocalización.

A similares conclusiones llega una investigación sobre los procesos de creación de identidad local en dos municipios de la periferia urbana de Madrid, los de Alcobendas y Getafe, sometidos a un intenso y rápido cambio y crecimiento. A partir de la desterritorialización inherente a la globalización, surge como respuesta defensiva una necesidad de pertenencia comunitaria que consiga arraigar a la población y una revitalización local específica de la identidad local. Identidad que se forja dialécticamente desde la estrategia de la propia comunidad implicada y también de los poderes locales. A partir del conflicto y la negociación entre las diferentes clases sociales, estilos de vida y barrios de la localidad; puesto que el espacio, constitutivo de identidad, también es segregador. El nexos para formar esta identidad local es más cultural y simbólico que estrictamente territorial, porque:

"[...] dado que las fronteras se difuminan como consecuencia de la globalización que carece de capacidad para crear una identidad satisfactoria para los ciudadanos, el espacio de lo local se revela como espacio donde se interactúa cara a cara y donde es posible la creación de una identidad tan necesaria para los ciudadanos globalizados. Por ello, la identidad está ahora más arraigada en lo cultural y menos en el territorio, aunque éste continúa siendo un elemento reforzador y mediatizador a través de las representaciones simbólicas que son elaboradas en él. Los edificios emblemáticos, los símbolos, las imágenes sobre la ciudad, las fiestas, las tradiciones, los espacios públicos, etc." (Domínguez, 2003: 452).

Toda una serie de estudios antropológicos sobre la interacción entre procesos globales y patrimonio cultural local en áreas de montaña de Cataluña corroboran las precedentes afirmaciones. Ciertamente la globalización social y económica ha sido contrapesada por todo un proceso de construcción de identidades locales y de puesta en valor del patrimonio cultural, reactivación en la que también intervienen consideraciones políticas y económicas. Y esto sucede en pueblos donde la transformación radical de los medios y las formas de vida ha inducido una gran heterogeneidad social y cultural. La reproducción simbólica y ritual de la localidad en el contexto de la glocalización es de carácter local, pero se dirige hacia un público heterogéneo, que comprende a los autóctonos, los oriundos emigrados, y los forasteros con residencia permanente o temporal. La existencia de una audiencia global contextualiza lo local hacia el exterior, hacia un público de turistas que frecuentan los activos patrimoniales y paisajísticos de estas localidades. Lo local se convierte en una denominación de origen, en una alternativa a la desterritorialización inherente a los flujos globales, en una recuperación de elementos del patrimonio cultural, o bien de su invención, y que buscan la afirmación de la identidad resaltando la diferencia.

Otros autores, como el antropólogo I. Moreno, también se adscriben al "paradigma necesario de la glocalización", que supone la existencia de una dinámica complementaria y comunitarista opuesta a la globalización. Una inserción –y no anulación– de lo local en lo global y la instrumentalización de elementos globales en y desde lo local. Con la "reafirmación de las identidades colectivas de los pueblos y sectores sociales excluidos, marginalizados o minorizados" (2005: 83), y el rechazo de los discursos globalista y localista como postulados ideológicos. Porque vivimos también una época de reafirmación de los referentes culturales de las identidades colectivas diferenciadas. La identidad del *nosotros* se basa en la diferencia expresada con respecto a *otros*, a partir de tradiciones culturales particulares. Procesos de "reafirmación cultural e identitaria [que] no están reñidos con el uso instrumental de elementos que sí pueden estar globalizados" (*ibid.*: 75).

A partir de su experiencia aplicada de análisis de rituales festivos andaluces Moreno (2002: 118) inscribe directamente las fiestas como parte de este oponente dialéctico de la localización, que tratan de neutralizar o compensar consecuencias inherentes a la globalización, especialmente la creciente pérdida de identidad sociocultural, la desidentificación y la homogeneización. Activadas como referente culturales identitarios, reafirman –quizá como nunca anteriormente– identidades locales y sentimientos particularistas de pertenencia, y despliegan tácticas de resistencia frente a la invasión de valores y referentes globales; sin que ello suponga, anclarse en localismos nostálgicos, porque el escenario local se inscribe en un contexto más amplio. La eclosión de las fiestas populares:

"[...] supone una resistencia local frente a la invasión de productos culturales globales, sin que ello suponga, al menos en la mayoría de los casos, anclarse en localismos ni rendir un culto fundamentalista al pasado. Quienes organizan y participan [...] los rituales festivos populares no por eso dejan de ser, ni lo pretenden, modernos" (Moreno, 2002: 168).

Porque las fiestas, lejos de desaparecer en el contexto de la globalización cultural, se han adaptado al mismo, convirtiéndose algunas en expresión de la cultura glocalizada (Homobono, 2009 a y b, 2012), en celebración ritual y reflexiva de la identidad colectiva y del patrimonio cultural, en "puerta de acceso a la trascendencia de la propia cotidianeidad y emergencia de un tiempo especial donde se busca la recuperación del sentido ante la desorientación de un mundo destradicionalizado, globalizado, sometido a riesgos crecientes y en vertiginosa recomposición". Las fiestas, que siempre han constituido una liturgia de la identidad local, se convierten ahora en "respuesta reflexiva a los riesgos inherentes a la modernidad globalizada"

(Moreno, 2002: 18)³⁶. Y es que, como explica F. Cruces, las fiestas renovadas y retraditionalizadas no escapan a un desbordamiento de lo local, de sus límites territoriales y temporales, a su reconversión simbólica, funcional y hasta de contenido impuesto por influencias translocales o globales (1997: 48).

Por otra parte, la fiesta participa en la reconfiguración de los territorios locales que cristalizan en esta época de movilidad, de flujos de información y de personas, de movilidad creciente y de globalización. Contribuye a construir territorios locales, regionales o incluso nacionales, en un momento en que las prácticas sociales escapan a la constricción de la distancia y de los lugares (Di Méo, 2001: 20). Nuevas fiestas temáticas proponen territorios pastoriles transnacionales, en base a la reinención de prácticas antaño cotidianas –como la trashumancia o la transtermitencia– transmutadas en nuevo ritual festivo. Pero nuestros seculares rituales de límites, adaptados a la modernidad, continúan reproduciendo identidades de tipo local, interlocal o comarcal. Y es de estas formas locales, productoras de identidad y de diferencia las que nos toca analizar, en torno a las variables de la fiesta, la identidad, los lugares y los territorios.

Los procesos de revitalización festiva también suponen el desbordamiento de los marcos temporales y espaciales de la fiesta local, tradicional y comunitaria. Pero este proceso de deslocalización es seguido por otro de rearticulación. Los valores de la cultura local se aplican a prácticas globales; pero, recíprocamente, las prácticas festivas identitarias no se agotan en el sentido otorgado por los participantes, sino que se insertan en una red de intercambios simbólicos transnacionales (Cruces, 1997: 48).

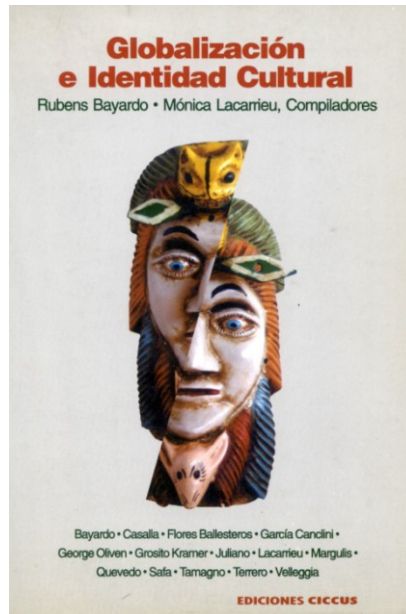
En muy diversas ocasiones me he ocupado del estudio de los rituales festivos, de límites y/o de otras tipologías. Pero, por lo que concierne a su contextualización en los procesos globalizadores, lo he hecho explícitamente en tres artículos (2006, 2009 a y b). Estudiando los procesos de destradicionalización y posterior revitalización del síndrome festivo, y su capacidad no prescrita para reconstruir identidades locales defensivas y/o adaptadas frente a los imperativos de la globalización. Con una particular atención para la dimensiones religiosas de estas fiestas, las más cuestionadas por el profundo grado de secularización de las sociedades europeas –en concreto al ciclo festivo de la vasca– y apoyado en una amplia casuística empírica. Dándose una transferencia de sacralidad, desplazada progresivamente desde los aspectos religiosos de tipo cosmológico –popular y litúrgicos– hasta las expresiones de religión civil. Capaz ésta de suscitar sentimientos de pertenencia étnica y nacional, en términos de religión política que legitima las identidades correspondientes a estos niveles. Y con el desplazamiento en la modernidad tardía de los grupos tradicionales para el ritual festivo –mocerías, quintas, cofradías– en beneficio de nuevos agentes laicos –particularmente emigrados, pendulares y neorrurales– a través de instancias de sociabilidad asociativa. E incluso los hijos de los primeros, nacidos en el contexto urbano de emigración y socializados como pendulares en sus más o menos frecuentes visitas al lugar de origen de sus mayores. Estas categorías, por lo general más jóvenes y dinámicas, capacitadas por roles cualificados, y comprometida vocacionalmente la última con un estilo de vida fruto de su elección, son quienes dinamizan las asociaciones y las actividades cuya motivación genérica es la defensa y actualización del patrimonio –material e inmaterial– así como la identidad cultural local, transformada y adaptada por su propia intervención a la dialéctica de la glocalización.

Además de recuperación del ciclo festivo, todos ellos desarrollan una extensa nómina de actividades con el mismo propósito: restauración monumental, creación de museos locales, invención o apropiación local de personajes míticos emblemáticos, recuperación de rituales no festivos y antaño utilitarios, dinamización de publicaciones –revistas, libros– y webs de referente local. Insertando entre la panoplia de rasgos locales nuevos referentes capaces de suscitar una activa sociabilidad; algunos de ellos tomados en préstamo de esa misma cultura global cuyo potente flujo parece anegar la ilusión comunitaria.

Estrategia ésta que reconstruye de consuno identidades polimórficas: intragrupalas, locales, interlocales y translocales; y que reestructura identidades de ámbito local dialécticamente posicionadas con otras vecinas. Porque la defensa de las señas de identidad local no tienen ya

36. Este autor estudia una variada casuística de revitalización festiva y su relación con la conservación del patrimonio cultural (MORENO, 2001), así como una tradición fluida capaz de aunar en un ritual la expresión unánime de la identidad festiva y la transnacionalización de un patrimonio festivo de raigambre local (MORENO, 2005: 145).

como antagonista –al menos principal– al vecino, sino a una cultura global capaz de secar todas las fuentes que abastecen los imaginarios y sociabilidades locales.



7. TRES EJEMPLOS DE GLOCALIZACIÓN EN SENDOS ÁMBITOS

7.1. La glocalización en la comunicación

Cada vez es más patente la existencia de una doble y simultánea tendencia de la comunicación. Se trata del fenómeno de la globalización³⁷ y de la atención a lo local, dos facetas en el seno del mismo ámbito de la información. Lo local encuentra su espacio en la proximidad, mientras que los *mass media* se mueven en un escenario sin barreras. Este proceso generalizado, con las paradojas y contradicciones que conlleva, encuentra su denominación en el neologismo anglosajón de “glocalización”.

Si se analiza el fenómeno de la globalización desde la perspectiva de los medios de comunicación, se constata que los flujos de información están atravesando procesos de globalización complejos y contradictorios. Por otra parte, cada vez son más patentes los esfuerzos de instituciones e instancias globales, nacionales, regionales y locales por regular los flujos transnacionales de los medios de comunicación.

Resulta cada vez más evidente la existencia de una doble y simultánea tendencia de la comunicación en el siglo XXI; ya que se trata de la arrolladora globalización y de la réplica de lo local, dos polos de una misma dialéctica. Pese al incremento de la globalización, existen iniciativas creadas con el fin de impedir que esa globalización anule al localismo, protegiendo la diversidad de culturas mediante políticas impulsadas por movimientos sociales de ámbito local.

Como quiera que definamos el fenómeno de la globalización, los *mass media*³⁸ juegan un importante papel en él. Los medios de comunicación del fin de milenio sirven de vehículos para la expresión de valores y la distribución de información. Pero, al mismo tiempo, estos medios desempeñan roles contradictorios: son fuentes de resistencia contra la globalización, pero también protectores del capitalismo, agentes de democratización y herramientas para la glocalización, es decir, constituyen herramientas del doble proceso de globalización de lo local y de localización de lo global que se está dando a nivel mundial (Halloran, 1997: 21).

37. Una definición aceptable del concepto de globalización consiste en afirmar que constituye un proceso creciente de complejas interconexiones entre sociedades, culturas, economías, instituciones e individuos a escala mundial. Críticamente puede afirmarse que este concepto es habitualmente concebido como la homogeneización y la erosión de las diferencias culturales (nacionales, regionales, locales en definitiva).

38. Que, con el creciente alcance global de las corporaciones transnacionales, se están convirtiendo en imperios globales sin fronteras nacionales-estatales. Como, por ejemplo, las audiencias televisivas.

Los modernos medios de comunicación digitales de ámbito global, que actúan en tiempo real, suponen un excesivo distanciamiento del mensaje de ámbito local donde es recibido. A modo de contrapartida están los pequeños medios locales y/o regionales, los lugares de reunión y comunicación impregnados de sociabilidad y asociados a la idea de comunidad territorializada: las plazas, los bares o las asociaciones, así como los medios de comunicación alternativos (Fernández Parrat, 2001: 160-161). Las prácticas sociales cotidianas se encuentran no tanto con una cultura global homogeneizada como un mundo en el que, cada vez más, cada localidad está tipificada por la hibridación cultural y la heterogeneidad, sujetas a fuerzas transnacionales y globales.

7.2. Fútbol y glocalización

Para comprender los aspectos culturales³⁹ de la globalización del fútbol, el deporte de masas por antonomasia, es preciso situar ésta en el eje de coordenadas de lo universal y lo particular, cuya interdependencia constituye la forma fundamental de la vida global., lo que implica que únicamente podemos entender cualquier fenómeno cultural mediante su relación con los fenómenos globales (Robertson y Giulianotti, 2006: 18). La universalidad de lo particular implica que en una competición internacional de fútbol, se espera que los individuos de una sociedad concreta se identifiquen con su selección nacional-estatal determinada⁴⁰, contribuyendo dicha competición a construir y/o reforzar su respectiva identidad nacional. Por muy distantes que vayan quedando los tiempos en que los jugadores del pasado vivían y se socializaban con las comunidades de aficionados locales, y los clubs de fútbol profesional tendían a ser asociaciones de socios, pertenecientes a su comunidad. Frente a las actuales selecciones “nacionales”, más bien transnacionales por la composición internacional de sus jugadores, aceptadas porque visten sus colores y se convierten en un símbolo emblemático de la nación respectiva. En el mercado laboral del fútbol, los clubs practican aún la glocalización cultural, puesto que conceden un estatus propio a figuras nacionales y locales, aunque contraten a jugadores extranjeros de naciones culturalmente similares.

Sin embargo en una competición globalizada sus acontecimientos, incluso la audiencia televisiva del evento deportivo, están glocalizados porque se interpretan a partir de intereses y puntos de vista locales. El público adopta una posición determinada con relación a partidos, equipos y jugadores, tomando partido por su equipo. Y las culturas futbolísticas generan mitos propios que relacionan determinados espacios naturales o composiciones sociales concretas con los estilos de juego preferidos⁴¹. Porque las diferentes culturas experimentan fuertes variaciones en cuanto a cómo ha afectado la glocalización al fútbol.

La glocalización se observa, sobre todo, en los aspectos económicos del fútbol. Los clubs transnacionales revelan una intensa glocalización en cuanto a su elección de capitanes locales y a su atracción de los mercados nacionales, y continúan existiendo equipos locales de prestigio⁴². En suma, la globalización económica no destruye las instituciones y sentimientos de pertenencia locales⁴³, ya que las asociaciones nacionales continúan siendo los principales actores en liza. El concepto de glocalización facilita la comprensión socioantropológica sobre cómo lo local y lo global no se oponen, sino que constituyen la síntesis de una relación dialéctica.

7.3. El paisaje, entre local y global

El paisaje ha desempeñado un papel relevante en la formación, consolidación y mantenimiento de las identidades territoriales, desde las propiamente locales hasta las nacionales, reafirmando identidades singulares. Y, como ha señalado Castells (1997), cuanto más abstracto es el poder de los flujos globales, más se afirma reactivamente la pertenencia al

39. Sin olvidar los sociales, históricos, económicos y políticos.

40. No sólo virtualmente, sino mediante su ostentación y sus rituales, para diferenciarse de otros y construir una identidad glocal propia, un nosotros. Mediante formas particulares de comportamiento, atuendo, banderas, canciones, música y dosis variables de rechazo o agresividad hacia la “hinchada” contraria.

41. Por ejemplo en Brasil con las favelas y las playas, en Argentina con el potrero (espacio urbano baldío); en el Reino Unido están los barrios de las clases populares. En general, en Europa y Latinoamérica, el fútbol se ha adaptado a los valores, gustos y formas culturales locales de la estratificación social (ROBERTSON y GIULANOTTI, 2006: 21).

42. Como, por ejemplo, el *Athletic Club*, de Bilbao, cuyos jugadores son de Euskadi (País Vasco).

43. Incluso de los Estados-nación, cuyo “nacionalismo banal” se convierte en militante merced, entre otras variables a las competiciones internacionales de fútbol.

lugar y el poder de la identidad local. Sin embargo, la globalización ha afectado al sentido de muchos lugares, los ha deslocalizado, aunque no los haya anulado del todo. La emergencia de un urbanismo estandarizado y de un turismo masificado, que abocan a una radical transformación paisajística, cuestiona la identidad local de los paisajes, proliferando los no-lugares y la banalización arquitectónica. Este "estilo internacional banalizado implica que se viaje más, pero que cada vez haya menos de singular que ver; en un espacio universal vaciado de su contenido, con la fetichización de lugares convertidos en últimos reductos de una singularidad que se afirma con mayor agresividad cuanto más amenazada se siente. Experimentamos una intensa dialéctica entre el sentido global y local de los paisajes, que cuestiona la personalidad propia de estos últimos. Para escapar de este dilema se precisa un equilibrio entre lo local y lo global, conciliando el arraigo al país con la apertura al mundo; siempre que la globalización preserve la identidad precisa de lo local (Collot, 2012: 114-115; Nogué, 2010: 13-20).

El paisaje se ha redescubierto como forma de expresar e interpretar la memoria histórica, en vista no solo de la recalificación de los bienes paisajísticos, de los que se reivindican los aspectos culturales y naturales. Pero, sobre todo, por corresponder al creciente deseo de identidad y de diferencialidad del lugar como oposición al devastador proceso de deslocalización provocado por la globalización. En la dialéctica entre la identidad de los lugares y la lógica global no podía estar ausente la reflexión sobre el tema del paisaje y la necesidad de sopesar la relación entre ambos términos; porque no existe un solo aspecto que se escape a la lógica exógena de la globalización.



La regulación de la apertura y de la clausura, de la selección del tipo y del peso del impacto turístico sobre un determinado lugar o territorio local no se reduce al punto de vista del marketing, del desarrollo infraestructural o del turismo, sino que prioritariamente se trata del proyecto relativo a la identidad cultural del lugar. Existen oportunidades obvias en los tres primeros aspectos, pero en cualquier caso se pone en peligro la componente identitaria del lugar, con el consiguiente peligro de su desculturización; por lo que se hace preciso pensar la relación entre ambos polos de esta dialéctica. Si lo local opera sin un contrapeso del componente global se ancla en un localismo abstracto. Pero si lo global pretende reabsorber lo local estaríamos en presencia de una imposición unívoca y homologante que cancela las diferencias y liquida las culturas singulares. Por lo que se hace preciso sopesar la medida, la forma y la modalidad de inserción de la singularidad local en la lógica global y viceversa. A la desterritorialización de las redes globales se hace preciso contraponer una territorialización, en la que la identidad de los lugares vuelva a hacerse reconocible e un proyecto indiviso de diferencialidad. Como complemento a un ineludible desarrollo económico y cultural global se hace preciso respetar las representaciones y memoria territoriales, que refuercen el sentimiento

de pertenencia de los habitantes a su ámbito local⁴⁴, sea a escala regional, nacional o transnacional, así como a la interna de la comunidad territorial (Bonesio, 2007: 208-217).

CONCLUSIONES

El concepto de lo glocal constituye, sin duda, un avance con respecto de las posiciones de las teorías de las culturas como todos coherentes y rígidamente globales: Además, se le atribuye un contenido asociado a la percepción de que el concepto refleja la capacidad de resistencia de las culturas locales y los sujetos cuyas prácticas las recrean. Ciertamente refleja la relocalización de las conciencias y de las identidades, frente a la hipotética de un mundo global, uniformizado y homogéneo. Lo que contrasta con la explosión de los nacionalismos europeos y la posterior del terrorismo asociado a la conciencia de la identidad cultural islamista. En consecuencia, la identidad ha vuelto a reanclarse en lo local, y esta glocalización de las identidades nos convierte a todos en “cosmopolitas domésticos”. El hecho es que actualmente ya pocos sostienen la idea de ese escenario de homogeneidad y uniformidad global, que algunos atisbaron en el horizonte a comienzos de la década de los noventa del siglo XX.

Si bien es cierto que la nueva localidad mundializada se inscribe en un proceso permanente de deslocalización, relocalización y de definición de nuevos contextos territoriales. De extracción de las relaciones sociales de los contextos locales, para insertarse en los globales (Bourdin, 2000: 84-90). Dándose la proliferación de las identidades y sentimientos de pertenencia dobles, globales y glocales.

Pero la globalización o mundialización⁴⁵ no ha conseguido eliminar la realidad, residual o no, ni menos la nostalgia por la vida local, evocada por la edición de libros de ese ámbito, por las jornadas de patrimonio y/o de paisaje lugareño e incluso por las investigaciones genealógicas de muchos aficionados, tratando de resucitar un pasado idealizado, mientras que su pueblo y su país están inmersos en un cambio ineludible. Tanto en los pueblos como en las ciudades se produce una multiplicación de nuevas fiestas, la revitalización de las tradicionales, de las conmemoraciones y diversas iniciativas culturales con el objeto de dinamizar la vida local y atraer a los turistas (Le Goff, 2012: 14) quienes, paradójicamente, portan la globalización que los lugareños tratan de paliar. Aunque la identidad colectiva se forja en el mundo de la vida cotidiana y festiva, requiriendo la copresencia y las relaciones cara a cara, matriz de toda sociabilidad, tan solo posibles en el ámbito local; mientras que las globalizadas relaciones virtuales –*Whatsapp, Facebook, Twitter, LinkedIn*, etc.– son incapaces de construir relaciones amicales plenas. El balance de las relaciones de sociabilidad continúa oscilando a favor de lo local. Pese a la falsa tendencia a pensar en un desmoronamiento de las identidades locales que, paradójicamente, puede conducir a reforzar el sentimiento de pertenencia e identidad vinculadas a las mismas.

BIBLIOGRAFÍA

- AUGÉ, Marc. *El tiempo en ruinas*, Barcelona: Editorial Gedisa, 2003.
- APPADURAI, Arjun. “The production of Locality”. En: E. Farbon (ed.), *Counterworks: Managing the Diversity of Knowledge*, London: Routledge, 1995.
- APPADURAI, Arjun. “Disjunção e diferença na economia cultural global”. En: M. Featherstone (ed.), *Cultura global. Nacionalismo, globalização e modernidade*, Petrópolis (Brasil): Editora Vozes, 1999 (1990); pp. 311-327.
- APPADURAI, Arjun. “Soberanía sin territorialidad. Notas para una geografía posnacional”. En: *Nueva Sociedad. Democracia y política en América Latina*, 163, 1999 (1996); pp. 109-124.
- APPADURAI, Arjun. *Dimensoes culturais da globalização. A modernidade sem peias*, Lisboa: Editorial Teorema, 2004 (1996).
- BARAÑANO CID, Margarita. “Postmodernismo, modernidad y articulación espacio-temporal global: algunos apuntes”. En: R. Ramos Torre; F. García Selgas (eds.), *Globalización, riesgo, reflexividad. Tres temas de la teoría social contemporánea*, Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas, 1999; pp. 105-135.

44. En sus dimensiones históricas, sacrales, económicas y en su semántica identitaria.

45. Denominación más usual en el orbe francófono que la de globalización.

- BARAÑANO CID, Margarita. "Escalas, des/reanclajes y transnacionalismo. Complejidades de la relación global-local". En: A. Ariño Villarroya (ed.), *Las encrucijadas de la diversidad cultural*, Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas, 2005; pp. 425-451.
- BECK, Ulrich. *¿Qué es la globalización? Falacias del globalismo, respuestas a la globalización*, Barcelona, Buenos Aires: Ediciones Paidós, 1998 (1997).
- BAUMAN, Zygmunt. *Vida líquida*, Barcelona: Ediciones Paidós Ibérica, 2006 (2005).
- BAUMAN, Zygmunt. *La globalización. Consecuencias humanas*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2010 (1998).
- BAYARDO, Rubens; LACARRIEU, Mónica. "Notas introductorias sobre la globalización, la cultura y la identidad". En: R. Bayardo; M. Lacarrieu (comps.). *Globalización e identidad cultural*, Buenos Aires: Ediciones Ciccus, 1997; pp. 13-25.
- BECK, Ulrich. *¿Qué es la globalización? Falacias del globalismo, respuestas a la globalización*, Barcelona, Buenos Aires: Ediciones Paidós, 1998 (1997).
- BONESIO, Luisa. *Paesaggio, identità e comunità tra locale e globale*. Reggio Emilia: Edizione Diabasis, 2009.
- BORJA, Jordi; CASTELLS, Manuel. *Local y global. La gestión de las ciudades en la era de la información*, Madrid: UNCHS - Taurus, 1997.
- BOURDIN, Alain. *La question locale*, Paris: Presses Universitaires de France, 2000.
- BROMBERGER, Christian; CENTILIVRES, Pierre; COLLOMB, Gérard. "Entre le local et le global: les figures de l'identité". En: Segalen, Martine (ed.), *L'autre et le semblable. Regards sur l'ethnologie des sociétés contemporaines*, Paris: Presses du CNRS, 1989; pp. 137-145.
- CASTELLS, Manuel. *La era de la información. Economía, sociedad y cultura. Vol. I: La sociedad red*, Madrid: Alianza Editorial, 1997.
- CASTELLS, Manuel. *La ciudad informacional. Tecnologías de la información, reestructuración económica y proceso urbano-regional*, Madrid: Alianza Editorial, 1995 (1989).
- CASTELLS, Manuel. *La era de la información. Economía, sociedad y cultura. Vol. II: El poder de la identidad*, Madrid: Alianza Editorial, 1998 (1997).
- CASTELLS, Manuel. "El espacio de los flujos". En: Ida Susser (ed.), *La sociología urbana de Manuel Castells*, Madrid: Alianza Editorial., 2001; pp. 399- 460.
- CASTELLS, Manuel. "La cultura de la ciudades en la era de la información". En: Ida Susser (ed.), *La sociología urbana de Manuel Castells*, Madrid: Alianza Editorial, 2001; pp. 461-487.
- CASTLES, Sthepen. *Globalização, transnacionalismo e novos fluxos migratórios. Dos trabalhadores às migrações globais*, Lisboa: Fim de Século, 2005.
- COHEN, Anthony P. *The Symbolic Construction of Community*, Chichester, London, New York: Ellis Horwood Limited, Tavistock Publications, 1985.
- COLLOT, Michel. "Paysage et identité (s) européenne (s)". En: *Paysages européens et mondialisation*, Seyssel: Champ Vallon, 2012; pp. 104-115.
- CRUCES VILLALOBOS, Francisco. "Desbordamientos. Cronotopías en la localidad tardomoderna". En: *Política y Sociedad*, Madrid: Universidad Complutense), 25, 1997; pp. 45-58.
- DI MÉO, Guy. "A la recherche des territoires du quotidien". En: G. Di Méo (dir.), *Les territoires du quotidien*, Paris: L'Harmattan, 1996 ; pp. 35-48.
- DI MÉO, Guy. *La géographie en fêtes*, Paris: Editions Ophrys, 2001.
- EADE, John (ed). *Living the Global City: Globalization as a Local Process*, London, New York: Routledge, 1997.

- ELIAS, Norbert. "Cambios en el equilibrio entre el yo y el nosotros". En: *La sociedad de los individuos. Ensayos*, Barcelona: Ediciones Península, 1990 (1987); pp. 177-270.
- FEATHERSTONE, Mike. *Undoing Culture: Globalization, Postmodernism and Identity*, London: Sage Publications, 1997.
- FEATHERSTONE, Mike (ed.) *Cultura global. Nacionalismo, globalização e modernidade*, Petrópolis (Brasil): Editora Vozes, 1999 (1990).
- FEATHERSTONE, Mike. "Culturas globais e culturas locais". En: C. Fortuna (ed.), *Cidade, cultura e globalização. Ensayos de sociologia*, Oeiras (Portugal): Celta Editora, 2001; pp. 83-103.
- FEATHERSTONE, Mike. "Localismo, globalismo e identidad cultural (Localism, Globalism and Cultural Identity)". En: M. Featherstone: *Undoing Culture: Globalization, Postmodernism and identity*. London: Sage Publications, 2005 (1997); pp. 102-125 (versión española en: *Biblioteca Virtual de Ciencias Sociales*: www.cholonautas.edu.pe).
- FEATHERSTONE, M.; LAHS, S.; ROBERTSON, R. (eds). *Global modernities*, London: Sage, 1995.
- FERNÁNDEZ PARRATT, Sonia. "La Glocalización de la Comunicación". En: *Ámbitos*, 7-8, 2002; pp. 151-163.
- FRIEDMAN, Jonathan. ""Ser no mundo: globalização e localização". En: M. Featherstone (ed.), *Cultura global. Nacionalismo, globalização e modernidade*: Petrópolis (Brasil): Editora Vozes, 1999 (1990); pp. 329-348.
- GARCÍA CANCLINI, Néstor. *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*, México: Editorial Grijalbo, 1989.
- GARCÍA CANCLINI, Néstor. *Consumidores y ciudadanos. Conflictos multiculturales de la globalización*, México: Editorial Grijalbo, 1995.
- GARCÍA CANCLINI, Néstor. *Cultura y comunicación: entre lo global y lo local*, Buenos Aires: Universidad Nacional de La Plata, 1997.
- GARCÍA CANCLINI, Néstor. *La globalización imaginada*, Buenos Aires, Barcelona: Editorial Paidós, 1999.
- GARCÍA CANCLINI, Néstor. *Culturas híbridas: estrategias para salir y entrar en la modernidad*, Buenos Aires, Barcelona: Editorial Paidós, 2001 (1990).
- GIDDENS, Anthony. "Vivir en una sociedad postradicional". En: Beck; U.; Giddens, A.; Lash, S.: *Modernización reflexiva. Política, tradición y estética en el orden social moderno*, Madrid: Alianza Editorial, 1997 (1994); pp. 75-136.
- GIMÉNEZ, Gilberto. *Cultura popular y religión en el Anáhuac*, México: Centro de Estudios Ecuménicos, A. C., 1978.
- GIMÉNEZ, Gilberto. "Apuntes para una teoría de la región y de la identidad regional". En: *Culturas Contemporáneas*, Colima, México, VI, 18, 1994; pp. 165-173.
- GIMÉNEZ, Gilberto. "Territorio y cultura". En: *Estudios sobre las Culturas Contemporáneas*, Colima, México, época II, vol. II, n.º. 4, 1996; pp. 9-30.
- GIMÉNEZ, Gilberto. "Territorio, cultura e identidades. La región socio-cultural". En: *Estudios sobre las Culturas Contemporáneas*, época II, vol. V, n.º. 9, 1999; pp. 25-57.
- GIMÉNEZ, Gilberto. "Identidades en globalización". En: *Espiral. Estudios sobre Estado y Sociedad*, México: Universidad de Guadalajara), vol. 7, n.º. 19, 2000; pp. 27-48.
- GIMÉNEZ, Gilberto. "Materiales para una teoría de las identidades". En: J. M. Valenzuela Arce (coord.), *Decadencia y auge de las identidades. Cultura nacional, identidad cultural y modernización*. Tijuana, B. C., México, D. F.: El Colegio de la Frontera Norte, Plaza y Valdés Editores, 2001; pp. 45-78.

- GIMÉNEZ, Gilberto. "Cultura, identidad y metropolitanismo global", En: *Revista Mexicana de Sociología*, México: Universidad Nacional Autónoma de México, vol. 67, nº. 3, 2005; pp. 483-512.
- GIMÉNEZ, Gilberto. *Estudios sobre la cultura y las identidades sociales*, México: CONACULTA-ITESO, 2007.
- HAESBAERT, Rogério. "Territorio, cultura e des-territorialização". En: Z. Rosendahl; R. L. Corrêa, *Religiao, identidade e territorio*. Río de Janeiro: EDUERJ., 2001; pp. 115-144.
- HALL, Stuart. "The Local and the Global: Globalization and Ethnicity". En: A. D. King (comp.), *Culture, Globalization and the World System. Contemporary Conditions for the Representation of Identity*, Cambridge: Cambridge University Press, 1991; pp. 19-39.
- HALL, Stuart. "Glocalización: tiempo-espacio y homogeneidad-heterogeneidad". En: *Zona Abierta*, 92-93, 2000 (1997); pp. 213-241.
- HALL, Stuart. *A identidade cultural na pós-modernidade*, Río de Janeiro: DP & A editora, 2003 (1992).
- HALLORAN, James. "International Communication Research: Opportunities and Obstacles". En: A. Mohammadi (ed.), *International Communication and Globalization*, London: Sage, 1997.
- HANNERZ, Ulf. "Cosmopolitas e locais na cultura global". En: M. Featherstone (ed.), *Cultura global. Nacionalismo, globalização e modernidade*: Petrópolis (Brasil): Editora Vozes, 1999 (1990); pp. 251-266.
- HANNERZ, Ulf. *Conexiones transnacionales. Cultura, gente, lugares*, Valencia: Cátedra, Universitat de Valencia, 1998 (1996).
- HERNÁNDEZ I MARTÍ, Gil-Manuel. *La modernitat globalitzada. Anàlisi de l'entorn social*. Valencia: Tirant lo Blanch, 2002.
- HERNÁNDEZ I MARTÍ, Gil-Manuel. *La condición global. Hacia una sociología de la globalización*, Alzira (Valencia): Editorial Germania, 2005, 2 vols.
- HERTZFELD, Michael. "La revancha de la comunidad local: la globalización de la heterogeneidad local". En: M. Elbaz; D. Helley (dirs.), *Globalización, ciudadanía y multiculturalismo*, Granada: Editorial Maristán, 2002; pp. 85-94.
- HOMOBONO MARTÍNEZ, José Ignacio. "Las formas festivas de la vida religiosa. Sus vicisitudes en la era de la glocalización". En: J. I. Homobono; R. Jimeno (eds.): *Formas de religiosidad e identidades*, San Sebastián: Eusko Ikaskuntza, *Zainak. Cuadernos de Antropología - Etnografía*, 28, 2006; pp. 27-54.
- HOMOBONO MARTÍNEZ, José Ignacio. "Las fiestas pluriculturales en la sociedad vasca globalizada". En: *XVII Congreso de Estudios Vascos (Vitoria-Gasteiz, 2009)*, Donostia - San Sebastián: Eusko Ikaskuntza, 2009 a; pp. 133-152.
- HOMOBONO MARTÍNEZ, José Ignacio, "Las nuevas fiestas y su significación: de lo local a lo transnacional". En: J. I. Homobono, *Fiesta, sociabilidad e identidades. Cronotopos de la glocalización*, Santander: Límite - La Ortiga, 2009 b; pp. 207-233.
- HOMOBONO MARTÍNEZ, José Ignacio, "Las nuevas fiestas, cronotopos de la glocalización. De la casuística vasca a la europea". En: A. M. Nogués; F. Checa, *La cultura sentida. Homenaje al profesor Salvador Rodríguez*, Sevilla: Signatura, 2011, pp. 393-418.
- JUVIN, Hervé. "Cultura y globalización". En: G. Lipovetsky; H. Juvín, *El Occidente globalizado. Un debate sobre la cultura planetaria*, Barcelona: Anagrama, 2011 (2010).
- LE GOFF, Jean-Pierre. *La fin du village. Une histoire française*, Paris: Gallimard, 2012.
- LIPOVETSKY, Gilles; SERROY, Jean. *La cultura-mundo. Respuesta a una sociedad desorientada*, Barcelona: Anagrama, 2010 (2009).
- MARTELL, Luke. *The Sociology of Globalization*, Cambridge: Polity Press, 2016.

- MORENO, Isidoro. "El Rocío: de romería de las marismas a fiesta de identidad andaluza". En: A. Nesti; P. Di Marco; A. Iacopozzi (eds.), *Il tempo e il sacro nella società post-industriali*, Milán: Franco Angeli, 2001; pp. 155-180.
- MORENO, Isidoro. "Las fiestas populares entre el Poder, la Identidad y el Mercado". En: *La globalización y Andalucía. Entre el mercado y la identidad*, Sevilla: Mergablum. Edición y Comunicación, 2002; pp. 163-180.
- MORENO, Isidoro. "Globalización y cultura". En: J. A. Roche; M. Oliver (eds.), *Cultura y globalización. Entre el conflicto y el diálogo*, Alicante: Universidad de Alicante, 2005; pp. 65-87.
- NOGUÉ, Joan. *Paisatge, territori i societat civil*, València: Tres y Quatre, 2010.
- NOGUÉ FONT, Joan; RUFÍ, Joan Vicente. *Geopolítica, identidad y globalización*, Barcelona: Editorial Ariel, 2001.
- NORA, Pierre. "Entre mémoire et histoire. La problématique des Lieux". En: P. Nora (dir.), *Les lieux de mémoire, t. I., La République*, París: Éditions Gallimard, 1984; pp. 17-42.
- NOYA, Javier; RODRÍGUEZ, Beatriz. *Teorías Sociológicas de la globalización*, Madrid: Editorial Tecnos, 2010.
- PORTAL, Ana María; SAFA BARRAZA, "Patricia. De la fragmentación urbana al estudio de la diversidad en las grandes ciudades". En: N. García Canclini (coord.), *La antropología urbana en México*, México, D. F.: Conaculta, UAM, FCE, 2005; pp. 30-59.
- RITZER, George. *La Globalización de la Nada*, Madrid: Editorial Popular, 2006.
- ROBERTSON, Roland. "Mapeamento da condição global: globalização como conceito central". En: M. Featherstone (ed.), *Cultural global. Nacionalismo, globalização e modernidade*, Petrópolis (Brasil): Editora Vozes, 1999 (1990); pp. 23-29.
- ROBERTSON, Roland. *Globalização: teoria social e cultura global*, Petrópolis (Brasil): Editora Vozes, 2000a (1992).
- ROBERTSON, Roland. "Glocalización: tiempo-espacio y homogeneidad-heterogeneidad". En: L. Featherstone; R. Robertson, *Global Modernities*, London: Sage, 2000b (1997); también en: *Zona Abierta*, núms. 92-93, pp. 213-241; y en www.cholonautas.edu.pe / *Biblioteca Virtual de Ciencias Sociales*.
- ROBERTSON, Roland; WHITE, Kathleen E. "La glocalizzazione rivisitata ed elaborata". En: F. Sedda (ed.), *Glocal. Sul presente a venire*, Roma: Luca Sossella Editore, 2004; pp. 13-41.
- ROBERTSON, Roland; GIULIANOTTI, Richard. "Fútbol, globalización y glocalización. Football, Globalization and Glocalization". En: *Revista Internacional de Sociología*, LXIV, 45, 2006; pp. 9-35.
- RODARY, Estienne. "Mobiliser pour la nature, ou la construction et la disparition du local". En: *L'Espace géographique*, 1, t. 36, 2007; pp. 65-78.
- ROSAS MANTECÓN, Ana. "Globalización cultural y antropología". En: *Alteridades*, 3 (5), 1993; pp. 79-91.
- ROUDOMETOF, Victor. *Glocalization. A Critical Introduction*. Abingdom (UK), New York: Routledge, 2016.
- SMITH, Neil. "Nuevo globalismo y nuevo urbanismo. La gentrificación como estrategia urbana global". En: *El mercado contra la ciudad. Globalización, gentrificación y políticas urbanas*, Observatorio Metropolitano de Madrid, 2015 (2002); pp. 245-273.
- SASSEN, Saskia. *¿Perdiendo el control? La soberanía en la era de la globalización*, Barcelona: Edicions Bellaterra, 2001 (1996).
- SASSEN, Saskia. *Los espectros de la globalización*, Buenos Aires: F. C. E. de Argentina, 2003 (1998).
- SOLANA, Miguel (coord.). *Espacios globales y lugares próximos*, Barcelona: Icaria, 2016.

TOMLINSON, John. *Globalización y cultura*, México: Oxford University Press, 2001; edición original: J. Tomlinson, *Globalization and Culture*, Chicago: The University of Chicago Press, 1999.

UÑA JUÁREZ, Octavio; HORMIGOS RUIZ, Jaime; MARTÍN CABELLO, Antonio (coords.). *Las dimensiones sociales de la globalización*, Madrid: Paraninfo, 2007.

ZIZEK, Slavok. "Henning Mankell, the Artist of the Parallax View" [en línea]. En: *Lacan.com*, 2004. www.lacan.com/zizekmankell.htm [consulta: 16 de julio de 2009].